

EN EL JARDÍN DE SENDEROS QUE SE BIFURCAN: LA TRAYECTORIA CHILENA

JAVIER SANTISO

El tiempo se bifurca perpetuamente hacia innumerables futuros [...] todos los desenlaces ocurren; cada uno es el punto de partida de otras bifurcaciones.

Jorge Luis Borges¹

LIGAR Y DESLIGAR, NOS DICE SIMMEL, SON DOS de las principales actividades intelectuales del hombre: éste asocia y disocia, ata y desata, construye “puentes” y “puertas” que unen las escisiones o escinden las uniones. “Somos a cada instante quienes separan lo ligado o ligan lo separado.”²

En el ámbito de los estudios sobre las democratizaciones, fueron numerosos los albañiles que, de una metodología a otra, se aplicaron a cerrar y a abrir puertas, a erigir puentes entre diferentes disciplinas y áreas de investigación. A este respecto, la teoría de la elección racional merece una mención especial. Utilizada hoy día para elaborar modelos de juegos democráticos o del juego de las democratizaciones, la teoría de la elección racional es también solicitada para explicar *ex post* el comportamiento de gobernantes autoritarios que buscan maximizar en el corto plazo sus pagos, y consolidar en el largo plazo su renta.³

El uso de la teoría de las elecciones racionales no pasaba de ser marginal, hasta una época reciente y, a diferencia de otros ámbitos de la ciencia

¹ Jorge Luis Borges, “Le jardin aux sentiers qui bifurquent”, en J.L. Borges, *Oeuvres complètes*, París, Gallimard, 1993, pp. 508, 506. Agradezco a Micheline Durand su apoyo para la traducción de este artículo.

² Georg Simmel, “Le pont et la porte”, en G. Simmel, *La tragédie de la culture*, Paris, Éditions Rivages, 1988, p. 162.

³ Véase Douglass North, “Framework for Analyzing the State in Economic History”, *Explorations in Economic History*, vol 16, 1979, pp. 249-259; y Mancur Olson, “Autocracy, Democracy and Prosperity”, *American Political Science Review*, vol. 87, núm. 3, septiembre de 1993, pp. 567-576.

política, en el campo de la investigación comparada sobre las democratizaciones, si evaluamos esta evolución a la luz de los impulsos en otras áreas de estudio.⁴ Sin embargo, ya sea que se trate de mostrar sus limitaciones o sus éxitos, las críticas y los trabajos suscitados e inspirados por el enfoque de las elecciones racionales se multiplican, de manera que este enfoque se encuentra en camino de transformarse en uno de los paradigmas mejor establecidos, incluso en la literatura transitológica.⁵ En particular, ciertos estudios realizados con esta perspectiva han permitido una creciente comprensión de los juegos transicionales al formalizar las jugadas y las interacciones, simultáneas o secuenciales, de los diferentes actores democráticos o autoritarios, e insistir en sus estrategias activas o reactivas, planeadas o adaptadas. Más recientemente, ciertos autores también han revisitado la quiebra de los regímenes democráticos latinoamericanos a la luz de la teoría de juegos.

Al centrar sus análisis en los actores y sus estrategias, estos autores han contribuido, en una perspectiva más probabilista que determinista, a la reevaluación de lo político, como ya invitaba a hacerlo Juan Linz en un libro pionero.⁶ En la actualidad, de aquellos que se interesan en las dinámicas de Europa Central y Oriental, pasando por los estudiosos de similares procesos ocurridos en América Latina, un sinnúmero de científicos políticos insisten en lo incierto, lo imprevisto o lo inesperado de los procesos de emergencia democrática. Estos autores insisten, en sus últimos escritos, en el carácter imprevisto, sorprendente o paradójico⁷ de ciertas movilizaciones en los países de Europa Central y Oriental, o en los compromisos ines-

⁴ Desde hace algunos años, la teoría de las elecciones racionales es utilizada de manera intensiva por los internacionalistas. De los últimos trabajos, véase en particular Bruce Bueno de Mesquita y David Lalman, *War and Reason. Domestic and International Imperatives*, New Haven, Yale University Press, 1992; Pierre Allan y Christian Schmidt (eds.), *Game Theory and International Relations: Preferences, Information and Empirical Evidence*, Dordrecht, Nijhoff, 1994; o aun Vinod Aggarwal, *Debt Games: Strategic Interaction in International Debt Rescheduling*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

⁵ Véase, para una evaluación crítica, Barbara Geddes, "Uses and Limitations of Rational Choice", en Peter Smith (ed.), *Latin America in Comparative Perspective. New Approaches to Methods and Analysis*, Boulder, San Francisco y Oxford, Westview Press, 1995, pp. 81-108; también Karen Remmer, "New Theoretical Perspectives on Democratization", *Comparative Politics*, vol. 28, núm. 1, octubre de 1995, pp. 103 y ss.

⁶ Juan Linz, *Crisis, Breakdown and Reequilibration*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1978.

⁷ Un ensayo significativo es el de Timur Kuran, "Now Out of Nowhere, the Element of Surprise in the East European Revolution of 1989", en Nancy Bermeo (ed.), *Liberalization and democratization. Change in the Soviet Union and Eastern Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1991, pp. 7-48.

perados entre los diferentes grupos de interés y en la importancia de la *virtu* y de la *fortuna* en los cambios democráticos.⁸

Especialmente, la literatura sobre transiciones se presenta como entrelazada por reflexiones acerca de la temporalidad de lo político.⁹ Una de las ambiciones implícitas –y a veces explícitas– de estos análisis ha consistido en buscar y encontrar el “buen momento” político, el ritmo y las secuencias ideales para emprender reformas políticas y económicas. Esta búsqueda ha sido en parte desahuciada, puesto que los transitólogos no han logrado poner en evidencia un modelo de tiempo, *tempo* o *timing* aplicable de una transición a otra.¹⁰ No obstante, esta literatura sigue constituyendo una invitación a interesarse en el factor temporal, tan a menudo dejado en la sombra del análisis de lo político. ¿Existe una temporalidad propia de lo político? La democracia, con sus calendarios y sus ritmos electorales, ¿no es ante todo un régimen cuyos horizontes temporales son restringidos? ¿La actividad política no apunta a controlar el tiempo, a apropiarse del pasado, del presente y del futuro? Se trata de un conjunto de preguntas a las cuales ahora se aplican los científicos políticos,¹¹ recorriendo los senderos trazados anteriormente por los sociólogos, los historiadores y los antropólogos.

La ambición de nuestro argumento es doble. En primer lugar y sin pretender la exhaustividad, se tratará de mostrar de qué manera la literatura sobre transiciones se ha interesado en la cuestión temporal. De manera

⁸ Para un análisis epistemológico de la evolución de la literatura sobre las transiciones, véase Javier Santiso, “De la condition historique des transitologues en Amérique Latine et en Europe Centrale et Orientale”, *Revue Internationale de Politique Comparée*, abril de 1996, vol. 3, núm. 1, pp. 41-68. Para una discusión de las teorías de la modernización política y de la literatura transitológica, véase Adam Przeworski y Fernando Limongi, “Modernization: Theories and Facts”, *World Politics*, vol. 49, núm. 2, enero de 1997, pp. 155-183.

⁹ Véase Javier Santiso, “A la recherche des temporalités de la démocratisation”, *Revue Française de Sciences Politiques*, vol. 6, diciembre de 1994, pp. 1079-1085; y “Timing Democratic and Economic Transitions”, St Antony's College, Oxford University, trabajo presentado el 21 de febrero de 1997 (inédito).

¹⁰ Véase Philippe Schmitter y Javier Santiso, “Three Temporal Dimensions to the Consolidation of Democracy”, *International Political Science Review*, vol. 19, núm. 1, enero de 1998, pp. 69-92.

¹¹ Véase, en este sentido, los trabajos derivados del Vienna Dialogue on Democracy II, coloquio organizado en Viena del 30 de noviembre al 3 de diciembre de 1995, y dedicado a la cuestión de “la democracia y del tiempo”. Una parte de las ponencias fue publicada en 1998, en un número especial de la *International Political Science Review* (vol. 19, núm. 1, enero), en donde figuran particularmente los artículos de Juan Linz (“Democracy's Time Constraints”), Robert Goodin (“Keeping Political Time: The Rhythms of Democracy”), Thomas Patterson (“Misspent Time: Press versus Politics”), Andreas Schedler y Javier Santiso (“Democracy and Time: An Invitation”), así como el artículo ya citado de Philippe Schmitter y Javier Santiso. Andreas Schedler y Javier Santiso (dirs.), “Tiempo y democracia”, Caracas, Nueva Sociedad, 1999.

más precisa, a modo de ejemplo, nos centraremos en los análisis inspirados en las elecciones racionales, las que le conceden un amplio espacio a los arbitrajes intertemporales, a los juegos de las anticipaciones, es decir al tiempo aprehendido a la vez como asignación (*allocation*) y como representación. Finalmente, y en segundo lugar, mostraremos, a partir de un análisis de la trayectoria chilena, hasta qué punto el juego transicional se asemeja a una *jardinería estratégica*; en qué medida la primera experiencia de democratización corresponde a un singular *estrechamiento del horizonte temporal de lo político*. El ejemplo chileno invita también a matizar el alcance de estos análisis basados en elecciones racionales, y a prestar igual atención a la pequeña música del azar –que los juegos de dados políticos jamás abolirán– y a la temporalización de lo político, los trazos de la memoria y del creer en Chile.

TIEMPO, DEMOCRATIZACIÓN Y RACIONALIDAD

El carácter preeminente de la cuestión temporal se hace notorio si se considera la notable evolución de la literatura sobre transiciones. Esta preeminencia de la cuestión temporal se inscribe, conviene recordarlo, en el contexto más general de lo que Przeworski llamó la ofensiva del individualismo metodológico en las ciencias sociales, cuyo éxito se verifica además por el hecho de que “varios autores recientemente han abordado problemas marxistas clásicos en el marco teórico de la elección racional, o incluso del equilibrio general”.¹²

Así, a los estudios centrados en las precondiciones, como elementos estructurantes y determinantes de los procesos democráticos,¹³ los sucedieron trabajos que postulan que lo decisivo son las interacciones estratégicas, las elecciones, las preferencias y la habilidad de los individuos.¹⁴ En el

¹² Véase Adam Przeworski, “Le défi de l’individualisme méthodologique à l’analyse marxiste”, en Pierre Birnbaum y Jean Leca (dirs.), *Sur l’individualisme*, París, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 1986, pp. 77-106.

¹³ Para una discusión, se puede consultar, Gary Marks y Larry Diamond (eds.), *Reexamining Democracy: Essays in honour of Seymour Martin Lipset*, Londres, Sage, 1992.

¹⁴ Los análisis en términos de elecciones racionales y de teoría de juegos tuvieron un éxito incuestionable. Particularmente en el transcurso de los años ochenta, este enfoque dio lugar a un sinnúmero de publicaciones en el ámbito de las ciencias políticas en general. En lo que respecta a la literatura sobre transiciones, los estudios también se han multiplicado. A modo de ejemplo, podemos mencionar los de Maxwell Cameron, “Rational Resignations. Coalition Building in Peru and the Philippines”, *Comparative Political Studies*, vol. 25, núm. 2, julio de 1992, pp. 229-250; Josep Colomer y Margot Pascual, “The Polish Games of Transition”, *Communist and Post-Communist Studies*, núm. 27, octubre de 1994, pp. 275-294; Josep Colomer

transcurso de los años ochenta y sobre todo de los noventa, los estudios se multiplicaron, ya sea aquellos referidos a las redistribuciones de las redes de poder en el seno de los regímenes autoritarios, o aquellos otros interesados por las estrategias de supervivencia de las élites¹⁵ y los juegos transicionales de los actores que apuestan a la democratización.¹⁶

Tal inflexión de los enfoques se tradujo en una modificación de la apprehensión temporal de los procesos estudiados. A los trabajos, de inspiración sociológica, empujados por el pasado y focalizados en las estructuras, los sustituyeron estudios, de inspiración más económica, arrancados desde el futuro y que concedían un lugar más consecuente a las coyunturas y conjeturas. Conviene destacar el hecho de que los recientes progresos teóricos en materia de democratizaciones se inspiran en la teoría de juegos, precisamente aquella en donde el método de la recurrencia al revés (*réurrence à rebours*) es abundantemente utilizado.¹⁷

Es así como, a partir del momento en que la investigación adopta el enfoque de las elecciones racionales y la idea de un actor racional que razona retrospectivamente desde el futuro hacia el presente, el determinismo sociológico refluye de los estudios sobre las democratizaciones. Al razonamiento que procede desde el pasado hacia el presente le sucede una mayor atención a la cuestión de la reversibilidad de las trayectorias políticas, sean éstas democráticas o autoritarias. Los estudios dan así testimonio de una muy particular atención a la dimensión del futuro, al igual que el análisis económico, especialmente en su versión neoclásica.¹⁸

y Florencio Martínez, "The Paradox of Coalition Trading", *Journal of Theoretical Politics*, vol. 7, núm. 1, enero de 1995, pp. 41-64; Jorge Domínguez y James A. McCann, *Democratizing Mexico: Public Opinion and Electoral Choice*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996.

¹⁵ Véase, por ejemplo, el estudio de Barry Ames, *Political Survival: Politicians and Public Policy in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1987.

¹⁶ Véase, especialmente, Adam Przeworski, "The Games of Transition", en Guillermo O'Donnell, Scott Mainwaring y Samuel J. Valenzuela (eds.), *Issues in Democratic Consolidation. The New South American Democratic Consolidation*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 1992, pp. 105-152.

¹⁷ Como lo señala Elster, "una de las más tenaces líneas de *clivage* en el ámbito de las ciencias sociales es la que opone dos formas de pensamiento que se asocian respectivamente con los nombres de Adam Smith y de Émile Durkheim: es la oposición entre *Homo oeconomicus* y *Homo sociologicus*. Este último se supone que es guiado por una racionalidad instrumental, mientras que el comportamiento del primero se encuentra dictado por las normas sociales. El primero es 'tironeado' por la perspectiva de ventajas futuras, mientras que el segundo es 'empujado' desde atrás por fuerzas cuasi inerciales". Jon Elster, *The Cement of Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; y "The Possibility of Rational Politics", en David Held (ed.), *Political Theory Today*, Oxford y Cambridge, Polity Press y Basil Blackwell, 1991, pp. 115-142.

¹⁸ Estamos pensando particularmente en la nueva macroeconomía clásica y en la teoría de las anticipaciones racionales, en donde cada decisión económica concierne e integra el fu-

Los trabajos sobre las democratizaciones contemporáneas integran entonces, implícita o explícitamente, una evaluación desde las consecuencias futuras, posibles o probables hacia las acciones comprometidas en el presente inmediato.¹⁹ Estas acciones se constituyeron como ejercicios de conjeturas sobre las coyunturas, ejercicios que operan un giro de la flecha del tiempo, al interesarse desde el futuro en los posibles escenarios del presente. Esta evolución traduce indiscutiblemente una postura voluntarista más o menos explícita en la investigación contemporánea. De hecho, en numerosos casos, esta voluntad de prescripción y de descripción se tradujo en una acción efectiva. “Numerosos amigos y *compañeros* del combate autoritario —escribe O'Donnell— ocupan hoy día posiciones en el gobierno o en los partidos políticos, ya sea en Brasil, en Argentina, en Chile o en Uruguay.”²⁰ La ligazón con el futuro y ya no con el pasado, con lo que todavía no es pero podría ser, da cuenta de una propensión a querer describir al inicio pero también a prescribir al final los cambios posibles, probables o deseables. Procediendo desde el futuro y no desde el pasado para explicar o anticipar los procesos, los análisis se volvieron entonces también hacia la acción, dimensión para la cual lo que prima es el futuro. Al revés de un pasado, que por así decir se encuentra clausurado, el futuro permanece abierto, como bien lo señalaba Popper, un futuro que “no se encuentra completamente determinado: podemos actuar sobre él”.²¹

Pero, sobre todo, tal evolución traduce un apego más pronunciado a la cuestión de las consecuencias no deseadas, de los efectos perversos y del juego de los posibles. Desde este punto de vista, la evolución de las investigaciones sobre las democratizaciones traduce también la emergencia de un cierto consecuencialismo en América Latina.²²

turo. Una de las más importantes figuras de esta corriente es Robert Lucas, economista de la Universidad de Chicago, cuyos trabajos sobre las anticipaciones racionales y las anticipaciones adaptativas le valieron el Premio Nobel de Economía en 1995.

¹⁹ Sobre la temporalidad del actor racional de la teoría económica que razona retrospectivamente desde el horizonte del futuro, se podrán consultar los trabajos de Jean-Pierre Dupuy, “Temps de la rationalité et temps de l'histoire”, en Dupuy, *Introduction aux sciences sociales. Logique des phénomènes collectifs*, Paris, Édition Marketing, 1992, pp. 97-102; y “Temps et rationalité”, *Cahiers d'Économie Politique*, 24-25, L'Harmattan, 1994, pp. 69-104. Sobre la percepción del tiempo en el análisis económico, véase T.C. Schelling, “Foreward”, en *Time in Economic life. Special Issue, Quarterly Journal of Economics*, núm. 4, 1973.

²⁰ Guillermo O'Donnell, “Transitions, Continuities, and Paradoxes”, en Guillermo O'Donnell, Scott Mainwaring y Samuel J. Valenzuela (eds.), *Issues in Democratic Consolidation*, op. cit., p. 17.

²¹ Karl Popper, *L'univers irrésolu. Playdoyer pour l'indéterminisme*, Paris, Hermann, 1984, p. 48.

²² La democratización deja de ser aprehendida como un proceso determinado con consecuencias propias y resultados irreversibles. Es aprehendida al comienzo de los años noventa

De lo anterior se desprende que, para los países de Europa Central y Oriental, la gran lección proporcionada por América Latina puede ser derivada de esta constatación hecha por O'Donnell, esto es, que una de las características particulares de las transiciones es que son cada vez más inciertas. Obligan a navegar por mares mal conocidos, mal cartografiados, llenos de arrecifes peligrosos. La diestra utilización de los instrumentos ayuda ciertamente, pero sin garantizar el feliz fin del viaje.²³ Es en este sentido que este mismo científico político aboga por una mayor conceptualización y teorización,²⁴ invitación a la que numerosos especialistas ya han correspondido con pertinentes contribuciones, particularmente aquellos que trabajan a la vez sobre América Latina y Europa Central y Oriental, y que otros podrán todavía reforzar.

Dicho en otras palabras, convendría de ahora en adelante perseverar en el trabajo comparativo, integrando la dimensión temporal: el estudio de los cambios democráticos podría, en este sentido, incorporar en sus preguntas los problemas de ritmos, de secuencias o de *timing*, es decir el problema del tiempo político.²⁵ Desde esta perspectiva, y es el segundo punto que quisiéramos destacar, los análisis inspirados en las elecciones racionales presentan ciertas ventajas comparativas.²⁶

como "un proceso, eventualmente aplicable a los gobiernos y a las propias sociedades democráticas, cuyo resultado es siempre incierto y sus precondiciones cada vez menos establecidas". Jean Le-ca, "La démocratisation dans le monde Arabe: Incertitude, vulnérabilité et légitimité", en Ghassam Salamé (ed.), *Démocraties sans démocrates. Politiques d'ouverture dans le monde Arabe et islamique*, París, Fayard, 1994, p. 35.

²³ Véase Guillermo O'Donnell, "Transitions to Democracy: Some Navigations Instruments", en Robert Pastor, *Democracy in America*, Nueva York, Holmes and Meier, 1989, pp. 62-63.

²⁴ Véase Guillermo O'Donnell, "On the State: Democratization and Some Conceptual Problems: A Latin American View with Glances at Some Post-Communist Countries", *World Development*, vol. 21, núm. 8, agosto de 1993, pp. 1355-1370; así como su más reciente obra, que retoma algunos de sus últimos artículos: *Counterpoints: Selected Essays on Authoritarianism and Democratization*, Notre Dame, Notre Dame University, 1999.

²⁵ La mayor parte de los trabajos de Juan Linz, por ejemplo, integran esta dimensión temporal de las democratizaciones, sobre todo los últimos. Juan Linz y Yossi Shain, "The Timing and the Nature of First Democratic Elections", en Linz y Shain (eds.), *Between States. Interim Governments and Democratic Transitions*, Cambridge y Nueva York, 1995, pp. 76-91. Véase también su ensayo "Time and Regime Change", presentado en el Congreso de la International Political Science Association de 1976, una versión del cual se publicó más tarde: Juan Linz, "Democracy's Time Constraints", *International Political Science Review*, vol. 19, núm. 1, enero de 1998, pp. 19-37. Véase, asimismo, H.E. Chehabi (ed.), *Politics, Society and Democracy: Unpublished Essays by Juan Linz*, vol. 1 y 2, Boulder, Co., Westview Press, 1998 y 1999.

²⁶ Utilizamos aquí indiferentemente los términos teoría de juegos, elecciones racionales e individualismo metodológico, o economía neoclásica. Uno de los mejores estudios de estas distinciones es el de Jon Elster, *Ulysses and the Sirens. Studies in Rationality and Irrationality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

LAS DEMOCRATIZACIONES O EL TIEMPO DE LA JARDINERÍA ESTRATÉGICA

Las progresiones teóricas de dos autores en particular, Adam Przeworski y Josep Colomer, merecen ser mencionadas a partir de una lectura temporalista, es decir a partir de una perspectiva centrada en la dimensión temporal de las estrategias de los actores. Estos dos autores concuerdan en señalar que la experiencia de la incertidumbre es esencial en el marco de los procesos de emergencia democrática. Incertidumbre respecto del resultado de los juegos transicionales, pero también incertidumbre inherente a la democracia como tal, puesto que institucionaliza lo incierto mediante la dinámica aleatoria de la elección.²⁷

No volveremos aquí sobre las limitaciones y los méritos inherentes a estos análisis.²⁸ Uno de los puntos centrales de estos trabajos consiste en mostrar cómo moderados y reformadores cambian, simultánea o secuencialmente, sus preferencias; cómo, en el transcurso de los juegos transicionales, los actores modifican y alteran sus marcos de referencia; dicho en otras palabras, cómo ajustan y reajustan sus visiones del mundo. Cómo sus anticipaciones del futuro se transforman de manera endógena y a través de una constelación de juegos formados por jugadas, contra-tiempos, acciones y reacciones. Tocamos aquí en definitiva uno de los enigmas de las transiciones: por qué y cómo, *sobre la duración*, los actores abandonan ciertas referencias y adoptan otras, integran conocimientos y actualizan experiencias.²⁹ Tal es, por lo demás, la cuestión central de los propios modelos de elecciones racionales³⁰ que invitan, como señala North, a preguntarse en definitiva: “¿por qué aprendemos, y más particularmente, qué manójo

²⁷ Véase Adam Przeworski, “Democracy as a Contingent Outcome of Conflicts”, en Elster y Slagstad (eds.), *Constitutionalism and Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 59-80; así como su muy importante *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1991.

²⁸ Véase, al respecto, Javier Santiso, “La démocratie incertaine: la théorie des choix rationnels et la démocratisation en Amérique Latine”, *Revue Française de Science Politique*, vol. 43, núm. 6, diciembre de 1993, pp. 970-993.

²⁹ Entre los autores que se han interesado en la génesis de las preferencias y, en particular, en los fenómenos llamados de “falsificación de las preferencias”, o de las distorsiones existentes entre las “preferencias públicas” mostradas por los individuos y las “preferencias privadas” no explícitamente formuladas, podemos remitirnos al estimulante ensayo de Timur Kuran, *Private Truths, Public Lies: The Social Consequence of Preference Falsification*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995.

³⁰ Véase en particular el artículo de Robert Lucas, “Adaptive Behavior and Economic Theory”, en R.M. Hogarth y M.V. Reder (eds.), *The Behavioral Foundations of Economic Theory*, suplemento del *Journal of Business*, núm. 59, 1986, pp. 401-426.

de circunstancias nos conducen a cambiar los modelos mentales que poseemos y a modificar o a alterar las opciones que ejercemos? ³¹

Lejos de corresponder a estrategias o a proyectos específicos, las trayectorias democráticas revelan una gran plasticidad o adaptabilidad de las preferencias y estrategias de los actores. Éstos no poseen obligatoriamente visiones estables de mediano y largo plazos, sino que adoptan y adaptan sus estrategias según los vaivenes de la propia dinámica política. Dicho en otras palabras, *la experiencia básica de las democratizaciones es también este extraordinario estrechamiento del horizonte temporal de lo político*. He aquí el testimonio de uno de los principales actores de la transición española: “La más importante lección que aprendí de la experiencia de la transición democrática española, en la que tomé parte activa, es que el determinismo histórico no existe. Tuve la confirmación de una idea esencial: el futuro, lejos de estar decidido o jugado de antemano, es siempre abierto e incierto.” ³²

Es así como estos análisis prestarán particular atención a los comportamientos, estrategias y preferencias de los actores *respecto del futuro*. Colomer avanza especialmente en este sentido: “la mayoría de los comportamientos estratégicos, que [los actores] adoptan respecto de un futuro incierto –y no a partir de irresistibles factores sociales o culturales– debería constituirse en el corazón de los análisis”. ³³ Las elecciones institucionales hechas durante las transiciones democráticas, por ejemplo, son más el resultado de aprehensiones divergentes y diferenciadas del futuro democrático que de estructuras sociales o de condiciones económicas.

En sus modelos sobre la transición española, Colomer opera una demarcación entre los diferentes grupos de actores a partir de sus preferencias acerca del futuro, superando así las dicotomizaciones más simples utilizadas por O'Donnell, por ejemplo, quien distingue entre los *hardliners* y los *softliners*. Para Colomer, revolucionarios, rupturistas, reformistas, aperturistas, continuistas o evolucionistas, se distinguen en función de sus expectativas y de sus preferencias respecto del futuro. ³⁴ La posibilidad de juegos cooperativos es tributaria de la posibilidad de pérdidas o de ganancias inmediatas,

³¹ Douglass North, “¿Qué queremos decir cuando hablamos de racionalidad?”, *Estudios Públicos*, núm. 53, verano de 1994, p. 10 (traducción de “What Do We Mean by Rationality?”, *Public Choice*, vol. 77, núm. 1, 1993).

³² Adolfo Suárez, “La transición política”, en *Historia de la transición*, Madrid, Diario 16, 1983. Citado por Josep Colomer, *Game Theory and the Transition to Democracy. The Spanish Model*, Aldershot, Edward Elgar, p. 1.

³³ Josep Colomer, “Strategies and Outcomes in Eastern Europe”, *Journal of Democracy*, vol. 6, núm. 2, abril de 1995, p. 74.

³⁴ Josep Colomer, “Transitions by Agreement: Modelling the Spanish Way”, *American Political Science Review*, vol. 85, núm. 4, diciembre de 1991, p. 1285.

pero también y sobre todo futuras. En los juegos transicionales, cuando los diferentes actores esperan retornos importantes, la determinación de nuevas reglas del juego se inscribe en el marco de procesos más cooperativos, en donde credibilidad y reciprocidad se transforman en variables centrales de *juegos repetidos* dentro de las secuencias transicionales.

A modo de ejemplo, podemos mencionar los procesos de construcción institucional que se encuentran más guiados por los comportamientos estratégicos de los diferentes actores, cuyas preferencias varían en función de las ganancias esperadas. Las estrategias preelectorales se explican en gran medida por las expectativas (*expectations*) y las esperanzas referidas a las elecciones. Aquellos que se consideran en posición favorable optarán más, en sus decisiones electorales, por sistemas mayoritarios y parlamentarios unicamerales. Los demócratas, cuyos recursos políticos y expectativas son débiles, insistirán por el contrario en sistemas pluralistas que dividen los poderes.³⁵

EL TIEMPO POLÍTICO, ENTRE REPRESENTACIÓN Y ASIGNACIÓN

Adam Przeworski y Josep Colomer ilustran también con sus análisis los dos enfoques de la cuestión del tiempo en ciencias sociales: el primero concibiendo el tiempo político desde el ángulo de la representación, y el segundo interesándose en la cuestión de la asignación.³⁶

En el primero, lo que se retiene es una perspectiva cualitativa, puesto que la atención se centra en las representaciones y percepciones temporales, en las memorias y expectativas, es decir en las visiones del tiempo y del mundo.³⁷ Los actores proceden a arbitrajes inter-temporales, renuncian a ganan-

³⁵ Ya existe una literatura relativamente extensa sobre estas cuestiones. Véase, en particular, Elster, "Constitution-Making in Eastern Europe: Rebuilding the boat in the Open Sea", *Public Administration*, núm. 71, primavera-verano de 1993, pp. 169-217; Arend Lijphart, "Democratization and Constitutional Choices in Czecho-Slovakia, Hungary and Poland, 1989-91", *Journal of Theoretical Politics*, núm. 4, abril de 1992, pp. 207-223.

³⁶ Véase, para un desarrollo de este enfoque, Santiso, "Los relojes y las nubes: tiempo y democratización en América Latina y Europa del Este", *Política y Gobierno*, vol. IV, núm. 1, primer semestre de 1997, pp. 5-80.

³⁷ La economía se interesa particularmente en las nociones de expectativa y de percepciones inter-temporales. Véase Gary Becker, "A Theory of Allocation of Time", *Economic Journal*, núm. 75, 1965, pp. 493-517; Christopher Winship, "The Allocation of Time among Individuals", en Karl Schuessler (ed.), *Sociological Methodology*, San Francisco, Joseey Bass, 1977, pp. 75-99; Gary Becker y Casey Mulligan, *On the Endogenous Determination of Time Preference*, Chicago, Working Paper núm. 98, Center for the Study of the Economy and the State, University of Chicago, 1995; y André Masson, "Préférence temporelle discontinue, cycle et horizon de vie", en Louis-André Gérard-Varet y Jean-Claude Passeron (eds.), *Le modèle et l'en-*

cias inmediatas y apuestan a ganancias futuras, en función de sus anticipaciones o de sus recuerdos. "Los actores no luchan únicamente para satisfacer sus intereses inmediatos o los intereses de aquellos a quienes representan, sino también para definir reglas y procedimientos cuya configuración determinará quiénes serán los ganadores y los perdedores en el futuro."³⁸

En el segundo, el tiempo es aprehendido en términos cuantitativos como una coacción (*contrainte*) o un recurso que se trata de gestionar o asignar.³⁹ "Aquellos que se comprometen por primera vez en una acción pública se dan cuenta muy comúnmente de que toma mucho más tiempo que lo que ellos imaginaban en un comienzo."⁴⁰ La política se transforma entonces esencialmente en un asunto de *timing* y de hábil administración de la presión temporal, de calendarios y de plazos que cumplir, pero también de contratiempos que superar.⁴¹ Se trata ante todo de encarar las urgencias, de programar o acelerar las reformas, de delimitar agendas y ordenar secuencias. Formular prioridades, diferir ciertas acciones y acelerar otras, conforman dimensiones temporales de lo político que ciertos especialistas de las transiciones se han consagrado a delimitar y analizar.⁴²

quête. Les usages du principe de rationalité dans les sciences sociales, París, Editions de l'EHESS, 1995, pp. 325-400.

³⁸ Véase Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986, p. 6. Este enfoque no sólo es específico del análisis político, ya que la economía también integra tal dimensión subjetiva del tiempo, particularmente la Escuela Austriaca (desde Schumpeter hasta Popper), como bien lo mostraron O'Driscoll y Rizzo. Véase Gerald O'Driscoll y Mario Rizzo, *The Economics of Time and Ignorance*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.

³⁹ Giddens notaba que en el pensamiento económico, y en particular en el pensamiento keynesiano, la cuestión del tiempo y del dinero permanecen indisociables. "Instrumento de aplazamiento, que permite ligar el crédito y el débito cuando el intercambio inmediato es imposible", en este sentido, como lo corrobora el adagio. "el tiempo es dinero", una manera de administrar la coacción temporal, de "poner el tiempo entre paréntesis". No sólo es, como lo pensaba Simmel, un poder que permite anular las distancias, sino también un poder que permite abolir el tiempo, alojar la coacción temporal. Véase Giddens, *Les conséquences de la modernité*, París, L'Harmattan, 1994, pp. 32 y ss.

⁴⁰ Albert Hirschman, *Bohneur privé, action publique*, París, Fayard, 1983 y 1995, p. 166.

⁴¹ Véase, en este sentido, el ensayo de Burdett Loomis dedicado al factor tiempo como coacción y recurso político en el transcurso de un año legislativo en el estado de Kansas: *Time, Politics and Policies. A legislative Year*, Lawrence, Kansas, University Press of Kansas, 1994. Se puede consultar también el ensayo de David Lewis y James Michael Strine, "What Time Is It? The Use of Power in Four Different Types of Presidential Time", *The Journal of Politics*, vol 58, núm. 3, agosto de 1996, pp. 682-786.

⁴² Véase, en este sentido, otro de los trabajos de Juan Linz, "Innovative Leadership in the Transition to Democracy and a New Democracy: The Case of Spain", en Gabriel Sheffer (ed.), *Innovative Leaders and International Politics*, Nueva York, State University of New York Press, 1993, pp. 152 y 155.

La combinación de estas dos perspectivas, la perspectiva objetiva de la asignación y la perspectiva subjetiva de las representaciones, muestra de qué manera el tiempo de lo político es indisociable de la interacción de actores. Es así como el tiempo político es constitutivo de la identidad de los actores políticos, pero también de sus relaciones e interacciones. Integra a la vez una dimensión de economía temporal y una dimensión cognitiva de conciencia y de representación del tiempo. Es ese tiempo indisociable de la relación con el otro, tiempo de la acción y de la interacción, tiempo integrador de expectativas, de anticipaciones y de gratificaciones diferidas, de intenciones del futuro pero también de memorias y recuerdos que informan un proceso de aprendizaje y de uso temporal.

El tiempo de lo político no es sólo el tiempo de los momentos solitarios y de las preferencias estables, tan caras a las teorías de la racionalidad.⁴³ Es antes que nada un tiempo del cara a cara. Como lo destaca Levinas, la situación cara a cara es el propio cumplimiento del tiempo: "la condición del tiempo está en la relación entre humanos".⁴⁴ Al introducir el *otro* y el tiempo, un horizonte temporal y un actor que no esté atomizado,⁴⁵ sino que esté ligado en el juego político a otros socios y adversarios, lo que se integra es un elemento dinámico generador de órdenes y desórdenes. Un elemento propio del tiempo de la acción política en donde se toca, también, la pequeña música de la casualidad, aquella que componen las consecuencias inesperadas y su cortejo de efectos perversos o de fortunas disfrazadas.⁴⁶

La introducción de la dimensión temporal aboga, conviene también subrayarlo, por una teoría de la racionalidad limitada. Al igual que el Uli-
ses de Elster, los actores de las transiciones recurren a estrategias que in-

⁴³ Véase Alessandro Pizzorno, "Sul confronto intertemporale delle utilità", *Stato e Mercato*, núm. 16, 1986, pp. 3-25.

⁴⁴ Emmanuel Levinas, *Le temps et l'autre*, París, Presses Universitaires de France, 1983, p. 69.

⁴⁵ Tomamos esta expresión a Alessandro Cavalli, quien muestra en particular que la teoría de la acción derivada del enfoque de las elecciones racionales presupone cierta estabilidad de las preferencias del actor, y con ello construye teóricamente una estática de la acción política. Al introducir la dimensión tiempo en la teoría de la acción, se le transforma en una dinámica que integra la idea de inestabilidad de las preferencias en el transcurso del juego político, esto es en el flujo de las acciones, interacciones y reacciones entre varios jugadores que no son únicamente los Robinson Crusoe solitarios, sin identidades ni memorias, de la teoría económica neoclásica. Alessandro Cavalli, "Tempo, azione, interazione, scambio: Apunti di teoria", en Caren Belloni y Marita Rampazi (eds.), *Tempo, spazio, attore sociale*, Milán, Franco Angeli, 1989, pp. 47-60.

⁴⁶ Véase Raymond Boudon, *Effets pervers et ordre social*, París, Presses Universitaires de France, 1977; y Albert Hirschman, "La Réthorique réactionnaire: deux ans après", en Hirschman, *Un certain penchant à l'autosubversion*, París, Fayard, 1995, pp. 69-102.

tegran esta dimensión. Pueden atarse voluntariamente las manos, amarrarse al mástil de una voluntad y de una razón que saben que es defectuosa. La incertidumbre sobre el resultado de los juegos y respecto de la identidad de los actores, pero también la inestabilidad de las preferencias de los actores, se forman de manera adaptativa, en función de las bifurcaciones y de las decisiones, de los precedentes y de las anticipaciones, elementos que confortan también la hipótesis de una racionalidad limitada. Como lo destaca el propio Russell Hardin, la introducción de la variable tiempo afecta directamente numerosas hipótesis de la teoría de las elecciones racionales que presuponen una identidad estable de los actores a lo largo de dinámicas de elecciones aprehendidas como momentos solitarios. Los juegos en realidad se repiten de manera que son, en los hechos, cualitativamente distintos del *one-shot* del "Dilema del prisionero": los actores pueden repetir las partidas, experimentar alternativas estratégicas con el fin de sondear a sus adversarios. "Van a repetir las partidas con el fin de adquirir mayor conocimiento sobre cómo juegan los otros."⁴⁷

Arrow también invita a integrar esta perspectiva dinámica. A partir de su ejemplo de la moneda jugada a cara o cruz,⁴⁸ aboga por que se tomen en consideración los juegos repetidos, es decir aboga por la introducción de una cierta profundidad temporal. Los juegos cooperativos –y en particular aquellos del tipo de las transiciones democráticas– son efectivamente juegos en donde la confianza y las recurrencias importan; dicho en otras palabras, no se trata de juegos que incorporan simples momentos solitarios que no tienen ninguna relación entre sí. Juego tras juego, jugada tras jugada, los actores realizan elecciones, ajustan mutuamente sus estrategias mientras que sus expectativas de sorpresa también se modifican: si al décimo lanzamiento la moneda sigue cayendo de cara, el que decide estará probablemente más sorprendido. Al igual que en este ejemplo, la curva de sorpresa potencial incorpora las experiencias precedentes. Los actores pueden operar en situaciones inciertas, utilizar mapas cuyas referencias son inciertas, *pero nunca navegan sin mapas*.

La distinción aquí considerada, tiempo de la asignación y tiempo de las representaciones, permite además aprehender los límites, pero también el interés heurístico de las teorías de la acción derivadas de las elecciones racionales. Para tal efecto, conviene tomar un atajo por la antropología y

⁴⁷ Russell Hardin, "Time and Rational Choice", en Kirsch, Nijkamp y Zimmermann (eds.), *The Formulation of Time Preferences in a Multidisciplinary Perspective. The Consequences for Individual Behaviour and Collective Decision-Making*, Aldershot, Avebury, 1988, pp. 117-129.

⁴⁸ Véase Kenneth Arrow, "Alternative Approaches to the Theory of Choice in Risk-Taking Situations", *Econometrica*, núm. 4, 1951, pp. 195-179.

recordar que la distinción cubre otras más, las cuales invita a indagar Alfred Gell.⁴⁹

Gell considera toda decisión como un salto en lo desconocido, un paso en la oscuridad. El actor no tiene acceso al oscuro tejido de la tela causal, en donde él y sus acciones son tomados, tejido que determinará –en parte solamente– el resultado de las consecuencias de su elección. Así, y precisamente porque toda decisión y elección incorpora este elemento de incertidumbre, el que decide no se encuentra en absoluto presa de lazos de causalidad totalmente predecibles, o inexorables e irreversibles: el actor porta con él su propio mundo, generador de elecciones y de consecuencias. En este sentido, las decisiones consisten en un flujo continuo de elecciones que anticipan lo que es posible, elecciones siempre inciertas en cuanto a las consecuencias y los resultados.

De manera que hay que integrar la idea de anticipación de un futuro, en donde los costos y los beneficios son evaluados en términos probabilistas, y no deterministas. Quienes deciden, en economía o en política, construyen y comparan cartas mentales que configuran los riesgos en términos de pérdidas y ganancias, de costos y beneficios, pero también el *grado de sorpresa potencial* inherente a determinada medida económica o elección política. Los que toman decisiones evalúan las posibilidades teóricas de obtener beneficios muy elevados. Pero, sobre todo, prospectan y anticipan también los beneficios que ellos pueden obtener de tal acción o inacción, reduciendo la tasa de sorpresa potencial. En el caso de las transiciones democráticas, los jugadores sensibles al riesgo (*risk-averse*) corresponden exactamente a esta descripción: se trata de jugadores que evaluarán más las oportunidades de obtener ganancias (es decir de capitalizar beneficios) que serán ulteriormente explotables, sin correr el riesgo de aumentar las posibilidades de pérdida, es decir de amplificar el potencial de sorpresas.⁵⁰

⁴⁹ Véase Alfred Gell, *The Anthropology of Time. Cultural Constructions of Temporal Maps and Images*, Oxford y Providence, Berg, 1992, p. 151.

⁵⁰ La *prospect theory* ha mostrado en este sentido que los individuos temen no tanto enfrentar la incertidumbre como acumular las pérdidas. Por su parte, Amos Tversky y Daniel Kahneman han mostrado que los individuos pueden ser *risk-seekers* (buscadores de riesgo) y no *risk-averse* (reacios al riesgo) cuando la elección a la que se enfrentan implica elegir entre diferentes pérdidas posibles. Amos Tversky y Daniel Kahneman, "The Framing of Decisions and the Psychology of Choice", *Science*, vol. 211, 1981, pp. 453-458; y "Advances in Prospect Theory: Cumulative Representation of Uncertainty", *Journal of Risk and Uncertainty*, vol. 5, núm. 4, 1992, pp. 297-323; Amos Tversky y Derek Koehler, "Support Theory: A Nonextensional Representation of Subjective Probability", *Psychological Review*, vol. 101, núm. 4, 1994, pp. 547-567. Para un análisis detallado de la historia y de la noción de riesgo (diferenciada de la de incertidumbre), se puede remitir al trabajo de Peter Bernstein, *Against the Gods. The Remarkable Story of Risk*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1996.

ESTRATEGIAS DELIBERADAS Y ESTRATEGIAS URGENTES:
LA TRANSICIÓN CHILENA O EL POSIBILISMO ESTRATÉGICO

Obedezcan al tiempo; hagan cada día lo que cada día pide; no sean ni obstinados en conservar lo que se derrumba, ni demasiado apresurados en el establecer lo que parece que se anuncia; sean fieles a la justicia, que es de todas las épocas; respeten la libertad, que prepara todos los bienes; consientan a que muchas cosas se desarrollen sin ustedes, y confíen al pasado su propia defensa, y al futuro su propio cumplimiento.

Benjamin Constant⁵¹

Tal aproximación invita a considerar las transiciones democráticas no como trayectorias lineales, sino más bien como senderos aleatorios en donde estrategias, elecciones y decisiones políticas han dejado cierto lugar al desorden. Las transiciones fueron jardinerías estratégicas en donde decisiones y elecciones se realizaron, ciertamente *a priori*, pero también durante, en el fuego de la acción, operando así un conjunto de ajustes *ex post*, los que a su vez han reconfigurado nuevos mundos posibles, es decir nuevos mapas cognitivos temporales.

En la perspectiva temporalista a la que invitamos, sería deseable poder centrarse en un juego transicional específico, definiendo una secuencia temporal precisa que serviría de unidad de análisis. La trayectoria chilena muestra, efectivamente, hasta qué punto la democratización es una cuestión de tiempo, un asunto de *timing*, de secuencias, de ritmos y de representaciones. En este sentido, se trata de aprehender las transiciones ya no como trayectorias ineluctables, sino más bien como trayectorias probables y, más allá de ello, como una gestión estratégica de los recursos y de las constricciones temporales que se ofrecen a los jugadores. En esta perspectiva, la democratización puede entonces interpretarse en términos esencialmente temporalistas: como una (re)estructuración mayor del tiempo político.⁵²

La trayectoria chilena se asemeja, efectivamente, antes que nada a un extraordinario aprendizaje político, en donde a las polarizaciones extremas del

⁵¹ Benjamin Constant, *De l'esprit de conquête et de l'usurpation* (1814), Paris, Flammarion, 1986, p. 252.

⁵² Véase Javier Santiso, "Les horloges et les nuages: temps et contretemps des démocratisations", *Hermès*, núm. 19, 1996, pp. 165-182.

juego político de los años sesenta y setenta las sustituye una búsqueda de consenso. En el corazón de esta transformación está el paso de una sociedad indiferente al riesgo (en los años sesenta y al comienzo de los setenta) a una sociedad y a una comunidad política fuertemente adversa al riesgo (a partir del golpe de Estado de septiembre de 1973). En este sentido, la trayectoria chilena invita a interrogarse sobre los vaivenes de los cambios de preferencias, es decir a estudiar la génesis de nuevas preferencias, aspecto precisamente dejado en la oscuridad por la teoría de la elección racional.⁵³

Desde este punto de vista, los trabajos de Przeworski despejan un ámbito de investigación importante, al abrir la cuestión de las transformaciones endógenas de las preferencias. En el caso chileno en particular, la transformación preeminente de estos últimos diez años ha sido el tránsito de una sociedad y de individuos insensibles al riesgo hacia otra sociedad y otros individuos que se tornaron fuertemente adversos al riesgo. Al proceso de escalada y de polarización de los años sesenta y setenta le sucede, en los años ochenta, un proceso de búsqueda de conciliaciones y consensos. El hilo conductor de las acciones, elecciones y decisiones deviene entonces aversión al riesgo. Así, el proceso chileno puede interpretarse como un proceso de *loss aversion*, es decir como un proceso en donde el conjunto de los actores políticos va a preferir minimizar las apuestas demasiado riesgosas. Como lo destacan los trabajos inspirados en la teoría prospectiva, los individuos llegan a valorar más los bienes que poseen (la democracia reencontrada, por ejemplo, o una situación política pacificada) que los bienes que podrían poseer.⁵⁴ mostrándose más sensibles a las pérdidas que podrían sufrir que a las ganancias que podrían obtener.⁵⁵

⁵³ Véase Sven Steinmök, Kathelen Thelen y Frank Longstreth (eds.), *Historical Institutionalism in Comparative Politics: State, Society and Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

⁵⁴ Esta sobrevaloración de los bienes poseídos, en relación con los bienes esperados, es conocida como *endowment effect*. Véase, al respecto, Richard Thaler, "Toward a Positive Theory of Consumer Choice", *Journal of Economic Behaviour and Organization*, núm. 1, 1980, pp. 39-80; también Daniel Kahneman, Jack Knetsch y Richard Thaler, "The Endowment Effect, Loss Aversion and Status Quo Bias", *Journal of Economic Perspectives*, vol. 5, núm. 1, invierno de 1991, pp. 193-206.

⁵⁵ Desde este punto de vista, y contrariamente a los postulados de la teoría de las utilidades esperadas, la situación chilena posterior a 1973 corresponde más a aquella que es estudiada por los autores de la teoría prospectiva, quienes insisten en el hecho de que los individuos son más sensibles a las pérdidas que a las ganancias. La situación anterior a 1973 se interpretaría más en términos de utilidades esperadas, con una precisión: los actores durante este período se mostraron singularmente *risk-acceptant* (situación diametralmente opuesta a la de los años ochenta, en donde son *risk-averse*). Véase Daniel Kahneman y Amos Tversky, "Prospect Theory: An Analysis of Decision under Risk", *Econometrica*, núm. 47, 1979, pp. 263-291.

Tal fenomenología de los compromisos y de las decepciones de los diferentes actores permite aprehender los cambios de preferencias, ya no como procesos de aprendizaje lineales, afectados por los sucesivos choques de la historia real mundial o nacional, sino como itinerarios individuales sometidos a los vaivenes de las coyunturas y de las conjeturas. Integrar la incertidumbre y el análisis centrado en los actores, después de los trabajos de Herbert Simon y de Charles Lindblom sobre la racionalidad limitada, permite superar el reduccionismo operado por los estudios en términos de costos y beneficios. En este sentido, las anticipaciones y las conversiones no fueron puramente racionales sino más bien adaptativas, puesto que los actores modificaron a la vez sus estimaciones y sus objetivos como consecuencia de la información adquirida a través de sus propias acciones y experiencias.

La trayectoria chilena es, al respecto, *ejemplar* a la vez que *específica*: comprender la transición chilena es ante todo tomar la medida del extraordinario proceso de aprendizaje político en marcha entre 1980 y 1988, entre el año de la promulgación de la Constitución de Pinochet y el año del plebiscito que abriría el proceso transicional chileno. De 1980 a 1988, día tras día, la oposición al general Pinochet se ajustó al *timing* del régimen militar, al aceptar progresivamente el tiempo y los plazos políticos inscritos en la Constitución de 1980.⁵⁶ Dicha oposición jugó el juego y, con ello, también jugó *su propio juego*, al transformar las constricciones temporales en comodines (*atouts*).⁵⁷ A medida que el horizonte plebiscitario se precisaba, los estrategias de la transición chilena, Edgardo Boeninger, Ricardo Lagos, Genaro Arriagada y varios otros, quienes pertenecen a los diferentes componentes de la oposición política democristiana y socialista, incrementaron las incitaciones a apostar por esta única y exclusiva ventana de oportunidad. Más acá y más allá de 1988, lo que llama la atención es el ex-

⁵⁶ Esta Constitución se presenta como una verdadera relojería política que no sólo organiza la duración de los mandatos o la fecha del plebiscito, sino que también intenta desprender ciertas insituciones de las constricciones temporales inherentes al juego democrático (por ejemplo, con la instauración de senadores vitalicios, etc.). Aún queda por hacer el análisis temporal de este tipo de relojería política. Sobre esta Constitución y sus consecuencias políticas, véase Mark Ensalaco, "In with the New, Out with the Old? The Democratizing Impact of Constitutional Reform in Chile", *Journal of Latin American Studies*, núm. 26, 1994, pp. 409-429; también el análisis de Juan Linz y Alfred Stepan, "Incomplete Transition/Near Consolidation? Chile", en Linz y Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe, South America and Post-Communist Countries*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1996, pp. 205-218.

⁵⁷ Sobre el aprendizaje político durante las transiciones democráticas, véase Nancy Bermeo, "Rethinking Regime Change", *Comparative Politics*, núm. 22, abril de 1990, pp. 274 y ss.

traordinario *tempo* al que se ajustaron los demócratas chilenos: “ni obstinados en conservar lo que se derrumba, ni demasiado apresurados en establecer lo que parece que se anuncia”, para retomar la expresión de Constant, éstos dejaron ir y dejaron hacer al tiempo. La transición chilena, y más allá de ella la consolidación democrática, está hecha también y antes que nada de cierta renuncia a “la rabia de querer concluir” tanto el pasado como el futuro: los demócratas chilenos dejaron al pasado el tiempo de pasar y al futuro el tiempo de venir.⁵⁸

La transición chilena se erige hoy día como modelo de cambio político gradual y consensual. Pero, en varios aspectos, lo que muestra la vía chilena hacia la democracia es, justamente, que esta evolución escapa a una perfecta inteligibilidad estratégica, a las decisiones y elecciones planificadas *ex ante*. Esta transición es, antes que nada, el resultado de una sutil combinación de anticipaciones e improvisaciones, de estrategias deliberadas, planificadas *ex ante* y de las cuales la mayoría fue desahuciada, y de estrategias urgentes, fruto de ajustes incesantes y de reevaluaciones de las opciones iniciales. Fue una seguidilla de elecciones tácticas, un proceso a lo largo del cual la estrategia real fue sensiblemente distinta de la estrategia planificada, un proceso que dejó un “lugar al desorden”, a la improvisación y a la adaptación de actores a contextos singularmente fluidos.

En este sentido, la transición invita a considerar la dimensión temporal de la estrategia de las democratizaciones: en efecto, lo que se encuentra en el corazón de la transición chilena es el horizonte temporal abierto por el plazo plebiscitario de 1988.

La Constitución —explica Edgardo Boeninger, uno de los estrategas de la transición chilena— establecía un horizonte de ocho años. Había allí un elemento de riesgo para el gobierno militar ya que la secuencia era lo suficientemente larga para que el apoyo al régimen se erosionase. En 1980, cuando la Constitución es adoptada, el régimen era relativamente fuerte. Pero siempre hay un límite temporal más allá del cual un gobierno conoce rendimientos decrecientes: nuestro único mérito es haber sabido aprovechar a tiempo la oportunidad que se nos había así entreabierto.⁵⁹

⁵⁸ Para un análisis detallado de este proceso transicional, véase Javier Santiso, “De l’utopisme au possibilisme: une analyse temporelle des trajectoires chiliennes et mexicaines”, Institut d’Études Politiques de Paris (Sciences Po), tesis doctoral, 1997. Y para un estudio comparativo de esas mismas trayectorias, véase Javier Santiso, “El pasado de unos y el futuro de los demás: el ejemplo de las trayectorias chilena y mexicana”, *Foro Internacional*, núm. 156-157, abril-septiembre de 1999, pp. 193-227.

⁵⁹ Entrevista con Edgardo Boeninger, ex ministro secretario general de la Presidencia del gobierno de Aylwin, Santiago, 24 de marzo de 1994, sede de la Corporación Tiempo 2000, de la cual Boeninger era presidente en aquel entonces.

Existe una cierta mitología transicional que hace de Chile un modelo de democratización regulada por juegos y jugadas estratégicas perfectamente lógicos. Estos análisis retrospectivos introducen, sin embargo, un sesgo racionalista, como lo mostró Linz a propósito de las formalizaciones de Colomer, al categorizar *ex post* interacciones políticas a través de las mallas de la teoría de juegos. Estas formalizaciones reducen, efectivamente, las democratizaciones a trayectorias en donde la parte de invención y de improvisación se encuentra reducida al mínimo.

Conviene sin embargo matizar este enfoque –uno de los pocos, hasta hoy, cabe recordarlo, que ofrece un marco de análisis lo suficientemente robusto para aprehender las transiciones democráticas. La estrategia deliberada, es decir la parte de intenciones estratégicas preexistentes en la estrategia efectivamente llevada a cabo, es a menudo el resultado de contingencias no controladas. La estrategia urgente es generalmente concebida como el producto de una planificación o, para retomar una metáfora balística, como un proyectil cuyo punto de caída dependería esencialmente del impulso inicial. Las acciones anticipadas se supone que producen trayectorias cuasi balísticas cuyas consecuencias en el inicio serían perfectamente previsibles o probables.

En los hechos y estrategias, estas acciones fueron sometidas a los avatares de las contingencias, y fueron formuladas y reformuladas en varias ocasiones. Al cabo de un sinnúmero de inflexiones, las estrategias efectivas difirieron sensiblemente de las estrategias iniciales. Las circunstancias del momento, los acontecimientos que afloran en la historia real, llevaron a frecuentes ajustes estratégicos, al abandono y revisión de elecciones que originalmente eran fuertemente respaldadas por la mayoría de los dirigentes. Así, las intenciones estratégicas sólo fueron parcialmente realizadas, en la medida en que el pilotaje de la transición respondió antes que nada a la preocupación por hacerla efectiva y viable, especialmente moderando las expectativas y las promesas:

Un político –observa Boeninger– debe darse una perspectiva temporal. Debemos tener una visión estratégica como gobernante u opositor. La conducta política exige apuntar a un horizonte temporal. Pero esto debe hacerse con prudencia, no sólo con cálculo y razonamiento, sino también razonablemente. Si se me pregunta cuál es el mayor riesgo para una democracia, respondería gustosamente que no es un golpe de Estado. Es antes que nada el riesgo de una explosión social que crece a medida que se profundizan las disparidades entre las realidades y las expectativas. Un liderazgo moderado, como el que hemos conocido desde el reestablecimiento de la democracia, es en este sentido el único que puede contener esta distancia.⁶⁰

⁶⁰ Entrevista con Edgardo Boeninger, precitada.

A las estrategias deliberadas se combinaron estrategias urgentes, que son también la resultante de circunstancias, acontecimientos, conflictos y concesiones políticas. Acumulaciones progresivas de hechos o acciones vinieron a modificar, cada vez más, la trayectoria estratégica inicial. En el caso chileno, este sendero no lineal de acciones en incremento revela más una agilidad adaptativa que una debilidad de la línea estratégica. La trayectoria chilena no se desarrolla entonces como un sendero lineal trazado sólo por las acciones anticipadas. En efecto, combina acciones anticipadas e incrementales, así como acciones que responden a la urgencia, a hechos inesperados.

Los estrategas chilenos practicaron, entonces, tanto el incrementalismo y el posibilismo como el voluntarismo y el racionalismo estratégicos. De hecho, la transición chilena podría caracterizarse antes que nada como un modo de decisión y de acción que se calificaría de "incrementalismo disjunto", para retomar la expresión de Lindblom.⁶¹ Este modelo tiene características que lo alejan sensiblemente del modelo mono-racional: la elección de las acciones puede hacerse siguiendo las intenciones y los impulsos iniciales, pero en éstos se injertan elecciones operadas al calor de la acción y en buena parte improvisadas. En el análisis y la búsqueda de acciones, el actor se limita a lo que él percibe y concibe rápidamente; omite ciertos aspectos del problema, considera ciertas posibilidades, estudia sólo ciertas consecuencias. Volvemos a encontrar aquí el postulado epistemológico de la racionalidad limitada: los actores sólo poseen informaciones incompletas, una visión del juego parcial, de manera que proceden a través de comparaciones al margen, sucesivas y limitadas. Eligen entre opciones sucesivas mediante un proceso de mordisqueo continuo, de ajustes marginales que Lindblom opone a "las grandes mordidas" del método racional.

Esta política de los pequeños pasos, de sucesivos tanteos, mediante los cuales los actores buscan resultados más satisfactorios que óptimos, se puso en marcha en la transición chilena. Efectivamente, sus actores buscaron más las jugadas razonables que las jugadas racionales. Prefirieron lo seguro a lo mejor, reservándose a menudo posibilidades de retiradas y repliegues temporales, márgenes de contemporalización con el fin de buscar más mejorar las situaciones existentes que alcanzar situaciones ideales. Además, se adaptaron a los recursos y contextos institucionales, a las constricciones y reglas temporales diseñadas por los cuadros constitucionales del régimen militar. Finalmente, tuvieron cuidado de eludir, en la medida de lo posi-

⁶¹ Véase Charles Lindblom, "The Science of Muddling Through", *Public Administration Review*, vol. 16, primavera de 1959, pp. 79-88.

ble, los problemas y las soluciones que podían disparar conflictos frontales, ya sea internos, de la oposición, ya sea externos, con el régimen militar.⁶²

JUEGOS DE LOS ACTORES Y APERTURA DE LO POSIBLE: ESTRATEGIAS Y CRONOGRAMAS POLÍTICOS DE LA TRANSICIÓN CHILENA

La democratización fue, antes que nada, una cuestión de tiempo, un asunto de *timing*, de secuencia y de ritmo. Su paradoja fue haber sido una transición temporalizada por el propio régimen militar, una transición cuyo cronograma fue determinado de manera preponderante por la junta militar. En efecto, son los plazos establecidos por la Constitución de 1980 los que van a fijar las reglas temporales del juego político chileno, reglas en un inicio percibidas por la oposición como constricciones, y en seguida, pero sólo a partir de 1986, como recursos políticos:

Es difícil entender —observa el escritor Jorge Edwards—, difícil admitir que la dictadura haya podido organizar un plebiscito para perderlo. Para entenderlo, hay que volver al contexto de la propuesta. El primer proyecto de Constitución, solicitado por el gobierno al ex presidente Alessandri, instauraba un periodo transitorio de cinco años, el que debía culminar con las elecciones libres de 1985. Cuando este proyecto fue visado por La Moneda, los cinco años se transformaron en 16. Esta desaprobación provocó la partida de Alessandri del Consejo de Estado. Pero aquí intervienen los constitucionalistas y los moderados del gobierno militar: el plazo de 16 años les parece derechamente antide-

⁶² Nos referimos aquí al “modelo de la basura” evocado por Cohen, March y Olsen (1972). En este modelo, la decisión es considerada esencialmente como el producto de un encuentro fortuito, en el marco de una circunstancia particular (oportunidad de elección), de problemas (en suspenso), de soluciones (ya elaboradas) y de actores más o menos involucrados en función de sus recursos y disponibilidades temporales. Sobre todo, este modelo implica un proceso de selección y de elección de oportunidades en función no tanto de su sola capacidad para resolver un problema, como de su utilidad para esquivar o eludir conflictos entre los distintos participantes. “Supongamos que viéramos —escriben estos autores— en una oportunidad de elección un basurero en donde los participantes arrojan diversos problemas y soluciones. La composición de los desperdicios en un basurero depende de lo que allí se tire, de la etiqueta pegada a cada uno de ellos, del abanico de basureros disponibles, al igual que de la velocidad con la que se recoge la basura.” Si esta metáfora no es de las más elegantes, sí invita a considerar tanto los problemas y las soluciones tomados en cuenta, como aquellos que no lo son. Tanto lo uno como lo otro informa, de este modo, la lógica incremental puesta en obra en procesos tales como el de la transición chilena. Sobre este modelo, véase M.D. Cohen, J.G. March y J.P. Olsen, “A Garbage Can Model of Organizational Choice”, *Administrative Science Quarterly*, vol. 17, 1972, pp. 1-25. Para la cita precedente, véase J.G. March y J.P. Olsen, *Ambiguity and Choice in Organizations*, Bergen Universitetsforlaget, 1976.

mocrático, excesivo: se propuso entonces la idea de dividirlo en dos periodos de ocho años.⁶³

La trayectoria chilena ilustra así la perspectiva posibilista, de la cual Hirschman se hace abogado,⁶⁴ una perspectiva que insiste más en las oportunidades que se revelan en el camino que en las constricciones que inhiben toda marcha. La Constitución de 1980, a imagen y semejanza de las “bendiciones disfrazadas” (*“blessings in disguise”*), efectivamente apareció en lo sucesivo como una restricción que condiciona e inhibe el cambio, y en seguida –al cabo de largos titubeos y ásperas discusiones en el seno de las oposiciones– como una oportunidad, como algo que podía ser favorable. El resultado del plebiscito de 1988, que consagra la victoria tan anhelada de la oposición, puede así interpretarse como la consecuencia inesperada⁶⁵ de una acción (la aprobación de la Constitución de 1980) que tuvo como primer efecto bloquear aparentemente el proceso, y en seguida, fomentar la dinámica democrática.

La trayectoria chilena se refiere ante todo a la emergencia del horizonte de espera plebiscitario, horizonte que se tornará cada vez más tangible a medida que el vencimiento del plazo, 1988, se aproximaba. Este horizonte plebiscitario estimulará, también, la reestructuración del espacio político de posibilidades estratégicas. El plebiscito modificó las rutinas y las prácticas políticas “introduciendo la necesidad de un trabajo político congruente con las características de una competencia electoral”. Pero, sobre todo, “la asimilación paulatina del ritmo plebiscitario llevó a los actores políticos a

⁶³ Entrevista con Jorge Edwards, escritor y embajador de Chile ante la Unesco, París, 17 de noviembre de 1994. El detalle de las controversias y negociaciones figura en Pamela Constable y Arturo Valenzuela, “The Dictator”, en Constable y Valenzuela, *A Nation of Enemies. Chile under Pinochet*, Nueva York y Londres, Norton and Company, 1991, pp. 71 y ss.

⁶⁴ Hirschman, *A Bias for Hope*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1971, p. 29; e “In Defence of Possibilism”, en Hirschman, *Rivals Views of Market and Society and Other Essays*, Londres, Viking Penguin Press, 1986, pp. 173-174. Asimismo, Javier Santiso, “La mirada de Hirschman sobre el desarrollo o el arte de los traspasos y las autosubversiones”, *Revista de la CEPAL*, núm. 70, abril de 2000, pp. 91-107.

⁶⁵ “Inesperada”, ya que, como lo destaca Andrés Zaidívar, hasta el día siguiente del plebiscito, la incertidumbre acerca de un segundo golpe de Estado no se había disipado. “Hasta las ocho o nueve de la mañana, todavía daban resultados falseados, mientras se anunciaban por aquí y por allá movimientos de tropas; lo que nos salvó fue el apoyo y el legalismo de ciertos generales más moderados, y también el hecho de haber tenido un sistema de cómputo electoral particularmente a punto, de manera que se le hacía imposible al gobierno objetar nuestra victoria.” Entrevista con Andrés Zaidívar, ex ministro y presidente de la Democracia Cristiana, Santiago, 30 de marzo de 1994.

erigir el tiempo electoral como único marco de referencia para la producción de estrategias y prácticas políticas.⁶⁶

Como lo subraya Enrique Correa, “este horizonte temporal fue extremadamente movilizador. Estableció un desafío. Y este desafío hizo posible un objetivo político para todos los ciudadanos. Teníamos un objetivo temporal claro. A partir de 1986, sólo pensábamos a la luz de este horizonte hacia el cual marchábamos”.⁶⁷

Asimismo, agrega Jorge Edwards,

la política de lo posible consistió esencialmente, para la oposición chilena, en la aceptación del plebiscito: nuestra revolución copernicana fue considerar que este plebiscito no estaba perdido de antemano sino que por el contrario era posible ganarlo. El posibilismo se opuso al maximalismo comunista que rechazaba cualquier estrategia electoral. Yo abagué en la época, como varios otros, por una política de lo posible, una política que considera la posibilidad de vencer a la dictadura en su propio juego.⁶⁸

En este sentido, la trayectoria política, de 1980 a 1988, apoya la idea hirschmaniana según la cual, aun cuando las creencias y actitudes pueden aparecer como obstáculos al cambio, pueden también transformarse en elementos de éste. Los actores pueden intentar convertir la incertidumbre en ventaja y adaptar en consecuencia sus actitudes y creencias a las acciones en devenir. Así, las representaciones y las creencias aparecen menos como las precondiciones que como los resultados de la democratización. Las identidades y estrategias de los actores cambian en función de los deslizamientos de situación. Sus elecciones y arbitrajes pueden semejar botellas echadas al mar, adhesiones al propio procedimiento de la democracia, incierto y a veces titubeante, el de la política de lo posible.⁶⁹

Recordemos sin embargo que el proceso que conduce al plebiscito de 1988, y a la elección de 1989, en ningún caso fue este “relato mítico” que hoy día se reconstruye fácilmente depurándolo de sus contradicciones, sus vacilaciones e incertidumbres.⁷⁰

⁶⁶ Véase Alfredo Joignant, *La démocratie représentée. Les dimensions symboliques de la construction démocratique au Chili*, tesis doctoral, Département de Sciences Politiques, Paris I/La Sorbonne, 1995 (inédita).

⁶⁷ Entrevista con Enrique Correa, entonces, director de Flaco-Chile, ex ministro secretario general de Gobierno de Aylwin, dirigente del PS, Santiago, 22 de septiembre de 1995.

⁶⁸ Entrevista con Jorge Edwards, precitada.

⁶⁹ Hirschman, *A Bias for Hope*, op. cit., p. 35.

⁷⁰ Véase el artículo dedicado por Tomás Moulian a la denuncia de la mistificación de la democracia chilena en los años ochenta y noventa, mistificación que prolonga una tradición

Chile –observa Moulian– puede ser considerado como una sociedad que ha hecho y que sigue haciendo del desarrollo de la vida política un gran relato mítico. Un relato de progresos ininterrumpidos y de triunfos que exaltar, que da más cuenta de poderosos sueños ideológicos que animaron a ciertos actores esenciales de la vida política que del propio proceso histórico, surcado por fallas inexplicadas, lleno de ambigüedades, de desvíos y de equívocos, como lo es todo desarrollo histórico.

En el marco de la transición chilena y del proceso de restauración democrática que le siguió, el gran relato mítico fue el de la restauración de una democracia consensual, democracia hoy día aureolada con un prestigio considerable.

La democratización chilena ciertamente no fue el proceso suave y sin fricciones que hoy día se tiende a reconstruir. De cierta manera, la transición consagra, como lo subraya Moulian, “la derrota de la dinámica democrática de 1980 a 1986 y el éxito de otro proceso democrático que, de 1987 hasta hoy, se acomoda a las condiciones de la transición impuesta por el gobierno militar”. Para Moulian, en efecto, “tanto los resultados del plebiscito de 1988 como los de la elección presidencial de 1989 constituyen victorias tácticas en el marco de una derrota estratégica”.⁷¹ Ciertamente, se puede conceder que el verdadero rostro de la democracia hoy día existente en Chile corresponde sólo de modo imperfecto al rostro idealizado de la democracia de consenso. De hecho, el gobierno militar logró confinar la negociación plebiscitaria de 1989 en un marco institucional relativamente restringido, reduciendo así considerablemente el margen de maniobra de los gobiernos democráticos ulteriores.

Sin embargo, otra lectura de la transición chilena es posible. Se trata de una lectura que no consagra ni una “victoria” ni una “derrota” táctica o estratégica, sino más bien el abandono de la política maximalista inscrita en la lógica de la guerra predominante a partir de los años setenta. Dicho en otras palabras, el advenimiento del posibilismo político es el resultado, de 1980 a 1988, de una sucesión de estrategias deliberadas, discutidas, a veces abandonadas, de un proceso de largos y lentos ajustes mutuos en el

chilena: “Los chilenos –observa– cultivan, casi con deleite, la conciencia de ser otros, extranjeros, europeos del extremo sur del mundo, ciudadanos de un país cuya ‘normalidad’ contrasta con la ‘barbarie’, ‘la irracionalidad política’ de los vecinos latinoamericanos.” En este ensayo, Moulian traza los acomodos con la historia de los que los chilenos se han librado, haciendo de Chile “un islote europeo en un continente macondiano”. “Démocratie de consensus ou démocratie de conflits?”, *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 11, octubre-diciembre de 1993, p. 18.

⁷¹ Tomas Moulian, 1993, *op. cit.*, p. 20.

que tomaron parte los moderados de la oposición y del gobierno militar. "De una lógica frontal o antagónica radical, tantas veces calificada por los opositores al general Pinochet como lógica de la guerra, se pasa repentinamente a una lógica de creciente colaboración, guiada por un deseo de cooperación y de búsqueda del consenso."⁷²

En Chile, particularmente en el seno del movimiento democrático, ocurre un importante cambio estratégico de 1980 a 1986, que se traduce en un repliegue sobre la opción plebiscitaria que se impone paulatinamente como la única ventana de oportunidad posible.⁷³ Con más o menos ilusiones, esperanzas o convicciones, numerosos líderes opositores terminan optando por la estrategia plebiscitaria; vale decir que aceptan calar el *tempo* y el *timing* de la transición sobre aquel anunciado por la Constitución de 1980. Esta trayectoria estuvo apuntalada por un sinnúmero de crisis y conflictos, disensos dentro del movimiento democrático y crispaciones frente al régimen. Nada más evidente, en efecto, al comienzo de los años ochenta, que la aceptación y la conversión en recurso político de lo que sólo era percibido entonces como una constricción impuesta por la junta militar que socavaba cualquier perspectiva democrática.⁷⁴

La trayectoria chilena, entre 1980 y 1988, se interpreta en este sentido a la luz de las opciones estratégicas que serán sucesivamente tomadas y en seguida descartadas en beneficio de la estrategia que resultará finalmente ganadora, esto es la de un alineamiento con el *tempo* del régimen. Dos estrategias de ruptura son así elaboradas y, en seguida, abandonadas; en primer lugar, la del Movimiento Democrático Popular (MDP) y particularmente del Partido Comunista, estrategia que llamaba a una "ruptura insurreccional"; en segundo término, la de la "ruptura negociada" que preconiza la Alianza Democrática (AD). Esta última, a imagen y semejanza de la primera, invitaba a utilizar los movimientos de masas y la movilización de la sociedad civil con el fin de provocar la partida de Pinochet y sustituirlo por un gobierno provisorio. A diferencia de la primera, ésta condena la tesis del derrocamiento del régimen por la vía de la insurrección armada.

Sensiblemente diferentes en sus modalidades, estas dos estrategias apuntaban sin embargo al mismo objetivo, esto es la caída de Pinochet, la

⁷² Véase Angel Flisfisch, "Stratégie de gestion d'un processus de transition et de consolidation", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 11, octubre-diciembre de 1993, p. 4.

⁷³ Véase, también en este sentido, Alan Angell, "The Chilean Elections of 1993: From Polarisation to Consensus", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 14, núm. 2, mayo de 1995, pp. 105-125.

⁷⁴ Entrevista con el científico político, abogado y diputado (DC) Ignacio Walker, Santiago, 28 de marzo de 1994.

primera a través de una “revolución popular” y la segunda mediante una “movilización popular”. “No se necesita un gran esfuerzo de análisis –comenta Moulian– para mostrar el optimismo triunfalista que revelan estas dos estrategias.” “En el fondo, estas dos estrategias se alimentaban, más que del análisis detallado de las transformaciones en curso, de leyendas y mitos acerca de la fuerza de la tradición democrática chilena o de una visión idealizada del heroísmo de las masas cuando éstas tienen la suerte de ser dirigidas por vanguardias capaces de dar su vida por la causa.”⁷⁵ Estas dos estrategias constituyen sin embargo lo esencial de las preocupaciones de los dirigentes opositores al gobierno militar cuando es promulgada, en 1980, la Constitución de Pinochet, la que será por lo demás ampliamente denunciada por los diversos componentes de la oposición.

Con esta nueva Carta fundamental, la intención de la junta militar es institucionalizar el régimen, conferirle cimientos jurídicos y una legitimidad política de la cual carecía. Esta voluntad de los militares, de mostrar un rostro jurídicamente honorable, revela también la fuerte tradición jurídica y constitucionalista chilena, cuya solidez se manifiesta incluso en la derecha. En efecto, a diferencia de varios otros países latinoamericanos, la derecha chilena contribuyó a la creación de un sistema democrático asumiendo plenamente las reglas electorales. “Existe –observa Arriagada– una tradición democrática innegable al interior de la derecha chilena”, tradición que se prolonga en un legalismo y en un singular respeto por parte de los militares hacia los textos y las formas jurídicas.⁷⁶

La “Constitución de la libertad” instauró una “democracia protegida”, dotada de un Ejecutivo reforzado y de poderes constitucionales incrementados a favor de las fuerzas armadas. La Carta contenía además medidas “transitorias” que establecían un cronograma preciso que debía desembocar en una “nueva democracia”. Un plebiscito estaba previsto para 1988, el que, en función de los resultados, se prolongaría por la instauración de la “nueva democracia”, o bien por la perennización del poder militar en 1997.

Esta Constitución fue difícilmente aceptada por la oposición, del mismo modo que por ciertos miembros de la junta militar. Como lo recuerda el general Ballerino, uno de los colaboradores más cercanos a Pinochet:

nos fue extremadamente difícil en particular hacer aceptar, por Pinochet y los duros del régimen, la idea de limitar en el tiempo la extensión del mandato: él

⁷⁵ Moulian, 1993, *op. cit.*, p. 21.

⁷⁶ Genaro Arriagada, “De la República de 1925 a la Constitución de 1980: el sistema político chileno”, en Alejandro Foxley, *Democracia en Chile: doce conferencias*, Santiago, Cieplan, 1986, p. 149.

quería gobernar al menos 16 años, es decir fijar el plebiscito en 1996. Finalmente, al cabo de ásperas discusiones, aceptó reducir este periodo a 1988, al estar convencido de que, de todas formas, ganaría ampliamente la consulta plebiscitaria prevista para esa fecha.⁷⁷

La dimensión temporal de lo político en este episodio muestra, si fuese necesario, hasta qué punto el poder de Pinochet estaba extendido y limitado a la vez; si, en efecto, el tiempo es también una dimensión del margen de maniobra de un actor, y si “la capacidad de fijarse un horizonte temporal más lejano en una relación de poder”⁷⁸ es una seria ventaja. Lo relatado por Ballerino destaca los límites del poder de Pinochet, en la medida en que el propio estrechamiento del horizonte temporal indica el alcance de estos límites (o el alcance de sus capacidades).

Desde un punto de vista general, una de las consecuencias de la constitucionalización del régimen militar fue operar una cierta reducción de la incertidumbre estructural: a partir de 1980, las reglas del juego quedan claramente definidas, no sólo al delimitar las fronteras entre lo prohibido y lo autorizado, sino también y sobre todo al desplazar la trama de las relaciones entre gobernantes y gobernados hacia un registro jurídico e institucionalmente temporalizado. La institucionalización de reglas políticas, y correlativamente su aceptación por los diversos jugadores, conforta efectivamente la previsibilidad y la legibilidad del juego: algunos jugadores son acreditados e identificados como parte activa del juego político —tal es el caso, con la promulgación de las leyes constitucionales, de la mayoría de las fuerzas políticas opositoras, hasta entonces excluidas de toda participación política. Pero sobre todo, y esto es lo esencial, la paulatina aceptación de estas reglas del juego impuestas por los militares permitirá a los líderes de la oposición controlar una zona de incertidumbre cada vez mayor: la del comportamiento futuro de su propio grupo de pertenencia.

Schelling mostró en este sentido hasta qué punto y cómo, en ciertas situaciones, los que ganan no son aquellos que logran hacer de su comportamiento algo imprevisible, sino más bien aquellos otros que logran reducir al máximo esta incertidumbre, atándose en cierta forma las manos y volviendo su comportamiento perfectamente previsible.⁷⁹ “El hecho de

⁷⁷ Entrevista con el general y hombre de confianza de Pinochet Jorge Ballerino, Santiago, 22 de septiembre de 1995.

⁷⁸ Michel Crozier y Erhard Friedberg, *L'acteur et le système: les contraintes de l'action collective*, París, Editions du Seuil, c1977, p. 75.

⁷⁹ Thomas C. Schelling, *The Strategy of Conflict*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1960, pp. 267-290.

volver su comportamiento perfectamente previsible –observan Crozier y Friedberg– tiene un significado y acarrea consecuencias que superan el propio juego. Esto equivale siempre en realidad a cambiar la naturaleza del juego, o a desplazar los *enjeux* y las zonas de incertidumbre, a aprovecharse de las circunstancias para forzar al otro a situarse en un terreno mucho menos favorable o a ceder.”⁸⁰

Al aceptar oficialmente, a partir de 1986, jugar el juego del plebiscito, la oposición se ataba así las manos, pero también amarraba las manos de los dirigentes militares al desplazar la dinámica política hacia el terreno de la legalidad. Ciertamente, el régimen de Pinochet controlaba lo esencial de las zonas de incertidumbre, puesto que conservaba el poder de hacer y deshacer la ley. Pero al mismo tiempo no podía sino aceptar el resultado del juego, a menos –posibilidad siempre abierta– de desdecirse a sí mismo.

Una de las primeras “bendiciones disfrazadas” o una de las “consecuencias inesperadas” de la reforma constitucional considerada por la junta militar será iniciar y acelerar el diálogo entre las diversas fuerzas políticas opositoras, las que hasta entonces se echaban mutuamente la responsabilidad de la caída de la democracia.⁸¹ Un grupo de estudios constitucionales, el Grupo de los 24, fue organizado en 1978 por los democristianos para debatir reformas en proyecto. Este grupo se impondrá rápidamente como uno de los escasos foros de crítica política tolerada por el régimen.

Pero este grupo constituirá sobre todo una de las instancias en donde se efectuarán los primeros acercamientos entre los democristianos y la izquierda. Si en 1978 el jurista Hugo Frühling es el único intelectual importante de la izquierda chilena presente en la sesión inaugural en el hotel Las Acacias, otros representantes de la Izquierda Cristiana, socialistas y del MAPU tomarán progresivamente parte en estas reuniones. Este grupo acogerá a intelectuales “centristas”, como Boeninger⁸² (el único miembro originario que no es jurista), e intelectuales mayores de la izquierda chilena, como los sociólogos Eugenio Tironi⁸³ y Manuel Antonio Garretón.

⁸⁰ Crozier y Friedberg, 1977, *op. cit.*, p. 71.

⁸¹ Estos acercamientos inician así el reestablecimiento de relaciones a partir de bases de mutua confianza. Este aspecto es también importante desde el punto de vista de la teoría democrática, que hace de la confianza entre ciudadanos y entre gobernantes y gobernados uno de los elementos del régimen democrático. Los últimos trabajos de Putman muestran, a partir de un análisis comparado entre Italia del norte e Italia del sur, la importancia del “espíritu de cooperación” y de las solidaridades horizontales que tienden, según él, a soldar una “comunidad cívica” y a moderar las tomas de posición o de oposición políticas por la vía de la cooperación reiterada entre los ciudadanos. Robert Putman, *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

⁸² Entrevista con Edgardo Boeninger, precitada.

⁸³ Entrevista con Eugenio Tironi, 21 de septiembre de 1995.

El diálogo se encontrará así en el origen de lo que constituirá, en 1983, la Alianza Democrática, y más tarde, en 1985, el núcleo duro del Acuerdo Nacional para la Transición a la Democracia, y de la Concertación que conducirá la estrategia plebiscitaria hasta su término en 1988. Paralelamente, otros foros e instituciones acogerán también estas reuniones intelectuales y políticas, a imagen y semejanza de la Academia de Humanismo Cristiano que organizará encuentros semiclandestinos entre diferentes líderes de la DC y del MAPU.

Entretanto, la situación macroeconómica del país evoluciona también sensiblemente: si en 1980 el optimismo es de rigor en las instancias dirigentes —la amplia participación y la “aprobación” del orden por parte de 67% de quienes votaron en el referéndum constitucional convocado por Pinochet, que con ello logra confortar su régimen—, rápidamente la coyuntura económica se deteriorará. Al *boom* de los años 1976-1981 lo sucede una severa recesión, luego de la crisis de la deuda desencadenada por la declaración de moratoria por parte de México en 1982. En la oposición chilena, las tesis rupturistas se ven tanto más firmes cuanto mayor es la crisis, mientras que numerosos economistas, como Foxley en Cieplan,⁸⁴ pronostican el “fin del neoliberalismo” chileno y la mayoría de los observadores declaran muerto y enterrado el “modelo de libre mercado”.⁸⁵

Entre 1983 y 1985, las intensas movilizaciones políticas contra el régimen militar, conjugadas con el deterioro de la situación económica, animan la elección de una estrategia de ruptura con el régimen.⁸⁶ Algunos líderes de la Democracia Cristiana instarán a renunciar a Pinochet y a dejar el lugar a un gobierno provisorio. En aquel entonces era claro que había una oportunidad política que aprovechar, en la medida en que las “protestas” del 11 de mayo de 1983 habían abierto, se pensaba, una brecha en el régimen. Dos años más tarde, los líderes de 11 partidos opositores, llevados por este impulso, firmarán, tras Sergio Molina (ministro de Hacienda en el gobierno de Frei), Fernando Léniz (quien ocupará el mismo

⁸⁴ Véanse las críticas de Alejandro Foxley, “Towards a Free Market Economy: Chile, 1974-1979”, *Journal of Development Economics*, febrero de 1982, pp. 3-29; y *Latin American Experiments In Neo-conservative Economics*, Berkeley, University of California Press, 1983.

⁸⁵ Véase José Pablo Arellano y René Cortázar, “Del milagro a la crisis: algunas reflexiones sobre el modelo económico”, *Apuntes Cieplan*, Santiago, 1982; Joseph Ramos, *Neo-conservative Economics in the Southern Cone of Latin America, 1973-1983*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1984; Pilar Vergara, *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, Santiago, Flacso, 1985; y Eugenio Tironi, *Autoritarismo, modernización y marginalidad*, Santiago, Ediciones Sur, 1990.

⁸⁶ Durante estos años, numerosos académicos y observadores de la realidad chilena saludarán también el vigor de la sociedad civil del país; véase Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule*, op. cit., pp. 48-56.

cargo ministerial bajo Pinochet) y Cristián Zabala (un hombre de negocios cercano a la DC), el Acuerdo Nacional para la Transición a la Democracia.

Con el reestablecimiento de la situación económica y el endurecimiento del régimen, las esperanzas de una “transición rupturista” comenzaron a disiparse, mientras los partidos opositores iniciaban su viraje “pragmático”.⁸⁷ Al nombrar, en agosto de 1983, a Sergio Onofre Jarpa —un respetado político de derecha— ministro del Interior, el régimen militar intenta contemporizar. Se le autoriza a iniciar negociaciones con la oposición de la AD, mientras Pinochet nombra, paralelamente, a Hernán Büchi como ministro de Hacienda con el fin de superar la crisis. “Necesitábamos ganar tiempo”, comenta Carlos Cáceres, quien en aquellos años será ministro de Hacienda y en seguida ministro del Interior. En aquel entonces, “nadie quería escuchar hablar de reformas políticas, y cualquier apertura en dirección de la oposición no era más que una manera de ganar tiempo para retomar el control de la situación”.⁸⁸ Rápidamente, la situación volverá a ser controlada por Pinochet, quien decretará el Estado de sitio el 6 de noviembre de 1984, después de haber roto las negociaciones con la AD.

Dentro de la oposición, la estrategia de confrontación con el régimen militar comienza también a ser seriamente cuestionada. Pocos meses antes de la instauración del Estado de sitio, en junio de 1984, ante un grupo de políticos e intelectuales opositores reunidos en el marco de un seminario del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Patricio Aylwin reconocerá oficialmente, por primera vez, que conviene considerar la Constitución de 1980 como un hecho ineludible. Esta declaración no fue en absoluto improvisada: ocurría luego de una entrevista en el Círculo Español entre Aylwin y Francisco Bulnes, uno de los principales líderes de la derecha, cuya vehemencia e insistencia en querer transformar el régimen de manera

⁸⁷ Desde este punto de vista, los ajustes estratégicos de los actores y de los partidos políticos de la izquierda son particularmente notables, como lo mostró en su estudio Kenneth Roberts, “From the Barricades to the Ballot Box: Redemocratization and Political Realignment in the Chilean Left”, *Politics & Society*, vol. 23, núm. 4, 1995, pp. 495-519. En un estudio comparado dedicado a Chile y España, Patricia Hipsher muestra que el abandono de las estrategias de movilización contra la dictadura, es decir de las estrategias frontales, no sólo se da en Chile sino también en España, Uruguay, Polonia y Rusia. En todos estos países, a una fase de movilizaciones intensas sucede una fase de desmovilización correspondiente al momento “transicional”. Los procesos de democratización pueden, en este sentido, ser interpretados también como procesos de aprendizaje de la moderación y de dique ante la violencia política. Véase Patricia Hipsher, “Democratization and the Decline of Urban Social Movements in Chile and Spain”, *Comparative Politics*, vol. 28, núm. 3, abril de 1996, pp. 273-297.

⁸⁸ Entrevista con Carlos Cáceres, ex ministro del gobierno de Pinochet, Santiago, 28 de marzo de 1994.

más democrática impresionaron al futuro presidente de Chile.⁸⁹ Como lo escribirá posteriormente un periodista, “este almuerzo y este seminario fueron decisivos, ya que abrieron la puerta a una reforma del régimen y de la Constitución por la vía consensual”.⁹⁰

En 1985-1986 —explica Aylwin—, en tanto opositores a la dictadura, nos enfrentamos a un dilema: ¿había que incitar a abatir la dictadura, o bien había que buscar una salida no violenta? En la época, numerosas movilizaciones antirrégimen se sucedieron, expresando su descontento en las calles. Pero cada movilización era acompañada por una violenta represión. Al constatar la imposibilidad de abatir la dictadura, algunos de nosotros buscamos entonces por el lado institucional. La institucionalización de la dictadura nos ofrecía una oportunidad de salida no violenta: el plebiscito de 1988. Teníamos allí una apertura posible. Si lográbamos convencer a la mayoría de los chilenos para que se inscribieran en los registros electorales, teníamos entonces serias posibilidades de ganarlo, en la medida en que las reglas eran respetadas.⁹¹

Cuando Aylwin menciona por primera vez esta posibilidad estratégica, algunos miembros de su partido, y en primer lugar Gabriel Valdés, ex canciller en el gobierno de Eduardo Frei, se rebelan contra esta “capitulación anticipada”. En la izquierda, numerosos dirigentes ven ante todo una maniobra suplementaria de la DC para asentar su poder. Sin embargo, despierta el interés de la derecha moderada que, como Carlos Cáceres, entonces ministro, ve en ella “la posibilidad de iniciar el diálogo político con la oposición y sobre todo de encarar los desórdenes que agitan entonces los centros urbanos del país”.⁹²

En 1985, Aylwin inicia en nombre de la DC conversaciones con el cardenal Juan Francisco Fresno, las que, al ser retomadas más tarde por Gabriel Valdés, allanarán el camino al Acuerdo Nacional, primer documento que confirma el compromiso de la derecha en el proceso de democratización.⁹³ Los moderados de la DC comienzan entonces a reunirse secretamente con el comandante en jefe de la fuerza aérea, general Fernando Matthei, y con su similar de carabineros, general Rodolfo Stange. Paralelamente, la AD impone la tesis del “año decisivo”: si el régimen no se debilita en 1986, se entrará entonces ineluctablemente en la lógica del plebiscito.

⁸⁹ Entrevista con Patricio Aylwin, Santiago, 15 de septiembre de 1995.

⁹⁰ Ascanio Cavallo, *Los hombres de la transición*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1992, p. 39.

⁹¹ Entrevista con Patricio Aylwin, precitada.

⁹² Entrevista con Carlos Cáceres, precitada.

⁹³ Véase, al respecto, Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, Santiago, La Época, 1989, pp. 309 y ss.

A mediados de este mismo año de 1986, ocurren varios hechos decisivos que van a contribuir a alterar las estrategias. El descubrimiento de un importante escondite de armas y, poco después, el fallido atentado del Frente Patriótico Manuel Rodríguez –brazo armado del PC– en contra del general Pinochet, provocan un nuevo recrudecimiento de la represión.⁹⁴ Ésta provoca también la ruptura entre la AD y el PC. Sobre todo, deja en evidencia la imposibilidad de poner en jaque al régimen, en la medida en que las movilizaciones son a su vez reprimidas.

En diciembre de 1984 –recuerda Carlos Ominami, entonces exiliado en Francia– fui autorizado para volver a Chile. La situación era singularmente confusa. Establecí progresivamente relaciones con Ricardo Núñez, quien acababa de crear la tendencia PS-Núñez y abogaba por un abandono de la opción de la movilización social. En 1986, con el atentado a Pinochet, esta opción fue definitivamente descartada. La tesis de la derrota política de la dictadura comenzó entonces a perfilarse, tesis por la cual el PS-Núñez no tardará en optar y que defenderíamos pronto al lado de la DC.⁹⁵

La estrategia rupturista desembocó así en un atolladero. Emerge entonces una solución elaborada por uno de los hombres clave de la transición chilena: Edgardo Boeninger. Ingeniero de formación, reconvertido en economista “por facilidad” y en científico político “por pasión”,⁹⁶ realizaba desde hacía varios años una intensa reflexión sobre las estrategias por adoptar. En 1985, este ex director de Presupuesto en el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1965-1969) y ex rector de la Universidad de Chile (1969-1973), seducido por la estrategia política, se transforma en director del Centro de Estudios del Desarrollo (CED) –una de las principales instituciones de reflexión sobre la transición a la democracia, fundado en 1981 por Gabriel Valdés y dirigido hasta entonces por otro sociólogo y economista, figura también clave de la transición chilena, Eugenio Tironi (quien militará rápidamente a favor de una estrategia no frontal al acercarse al CED a mediados de los años ochenta).⁹⁷

⁹⁴ Sobre este punto, véase Cavallo *et al.*, *op. cit.*, 1989, pp. 389-395.

⁹⁵ Entrevista con Carlos Ominami, ministro de Economía en el gobierno de Aylwin, senador socialista desde 1993, Santiago, 24 de marzo de 1994.

⁹⁶ “Después del golpe de Estado, trabajé un tiempo en la CEPAL (relata Boeninger). En ese momento la Universidad de California, en donde residían numerosos chilenos, me invitó. Estuve allí seis meses como *border reading professor*, seis meses durante los cuales estudié las ciencias políticas, y creo que se transformaron desde entonces en una vocación.” Entrevista con Edgardo Boeninger, *precitada*.

⁹⁷ Entrevista con Eugenio Tironi, sociólogo y protagonista de la campaña plebiscitaria de 1988, Santiago, 21 de septiembre de 1995.

Concebido en el origen como una instancia pluralista de reflexión sobre las estrategias de democratización, el CED se desmarcará rápidamente de la línea oficial de la Democracia Cristiana, por sus tomas de posición críticas ante la estrategia insurreccional, así como de la rupturista entonces oficialmente invocada por la oposición.⁹⁸ A la cabeza de esta institución, Boeninger pondrá a punto el Programa Alternativo, mientras que Sergio Molina y otros dirigentes multiplicarán, a partir de 1986, las declaraciones a favor de la elección de un solo candidato de la oposición con el fin de presentar un frente electoral unido.

El CED presentará sucesivamente varios documentos, verdaderas plataformas gubernamentales que avalan la estrategia electoral y plebiscitaria, documentos que suscribirán otros intelectuales y políticos tales como Ángel Flisfisch (proveniente de Flacso) o Juan Yrarrázaval (un jurista y político de centro-derecha). Boeninger se esforzará sobre todo en multiplicar los diálogos, organizando seminarios y foros entre los distintos componentes políticos chilenos, invitando a algunos oficiales a participar en los *workshops* y a líderes sindicales a sentarse a la mesa de empresarios.

Comenzamos a reunirnos, intelectuales y políticos, sindicalistas y empresarios, en el seno de estos centros para-académicos: el famoso consenso, del cual se habla tanto hoy día, emergió de estas reuniones que supusieron acercamientos entre los distintos componentes políticos, los de la oposición pero también las fracciones moderadas de la derecha. Estas reuniones fueron extremadamente intensas y fructíferas en el transcurso de los años ochenta; el CED se presentaba en cierta forma como la prolongación institucionalizada de los primeros contactos.⁹⁹

Asimismo, varios europeos expertos en legislación laboral serán invitados a unirse a los trabajos del CED, al tiempo que éste organizará un viaje de estudios de dos semanas a Europa para un grupo de empresarios y académicos chilenos.¹⁰⁰ Pero es antes que nada en materia económica, tras la huella de Cieplan o Vector,¹⁰¹ en que el CED se distinguirá al organizar

⁹⁸ Véase también el análisis crítico de Arriagada, "Negociación política y movilización social: la crítica de las protestas", *Materiales para Discusión del CED*, núm. 162, Santiago, CED, 1987.

⁹⁹ Entrevista con Edgardo Boeninger, precitada.

¹⁰⁰ Jeffrey Puryear, "Convergence and Reenvisioning the Future: 1983-1986", en Puryear, *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1994, pp. 91 y ss.

¹⁰¹ Creado en 1978, Vector será el primer centro cercano a los socialistas en establecer un programa económico coherente para la izquierda. Economistas y líderes políticos como Ricardo Lagos (formado en la Duke University) y Carlos Ominami (ex miembro del MIR formado en Francia en la Universidad de París) tomaron parte en esta empresa de reflexión crí-

varias mesas redondas sobre política económica, contribuyendo así a hacer evolucionar la posición de la DC acerca del tema del mercado:

Durante largo tiempo —observa Boeninger— la DC construyó su visión económica sobre el modelo del comunitarismo. Tuvo así una aprehensión fuertemente normativa e impregnada de puritanismo católico de los mecanismos de la economía de mercado. Es sólo tardíamente, en el transcurso de los años ochenta, como serán adoptadas visiones más matizadas y economicistas del mercado. En el transcurso de las discusiones del CED, comenzaron a aceptar más la economía social de mercado mientras que en la izquierda la renovación se hacía aún más notable. Se tradujo en particular en un espectacular abandono de la fraseología anticapitalista, en la medida en que algunos líderes del PPD tenían una visión de la economía más “liberal” que muchos demócratacristianos.¹⁰²

Se trataba de personalidades políticas e intelectuales tan diversas como Fernando Léniz (ex ministro de Hacienda de Pinochet), Sergio Bitar (ex ministro de Minería de Allende), Carlos Ominami o Sergio Molina (ministro de Hacienda en los años sesenta bajo Frei y ministro de Planificación bajo Aylwin).¹⁰³ Una de las principales consecuencias de estos diálogos es, según Boeninger, “haber hecho cobrar conciencia a los distintos grupos y responsables políticos que tomaron parte en ellos de que sus puntos de vista sobre la economía del país eran sensiblemente parecidos”.¹⁰⁴ Oscar Muñoz, economista de Cieplan, también considera que “estas reuniones fueron capitales para hacer tomar conciencia a los economistas ligados a la derecha de que podían dialogar con los economistas cercanos a la izquierda. Estos últimos no proponían políticas económicas desconsideradas o irracionales; por el contrario, sobre ciertos puntos las convergencias no podían ser más reales”.¹⁰⁵

Paralelamente a la intensificación de estos diálogos, la estrategia electoral de la oposición chilena se precisa aún más. En enero de 1987, Edgardo Boeninger y Gabriel Valdés por la DC, junto con Germán Correa por el

tica que reformulará un enfoque más pragmático del mercado. “Pienso que nuestros esfuerzos permitieron a una parte de la izquierda chilena reconsiderar su enfoque del mercado, y considerarlo más bajo un ángulo de una pragmática política que desde la perspectiva de una estéril e interminable confrontación ideológica.” Entrevista con Ricardo Lagos, ex ministro de Educación en el gobierno de Aylwin y de Obras Públicas en el gobierno de Frei, Lyon, Francia, 13 de octubre de 1994.

¹⁰² Edgardo Boeninger, entrevista precitada.

¹⁰³ Puryear, 1994, *op. cit.*, p. 119.

¹⁰⁴ Edgardo Boeninger, entrevista precitada.

¹⁰⁵ Entrevista con Oscar Muñoz, economista, director de Cieplan (centro cercano a la DC), Santiago, 24 de marzo de 1994.

Movimiento Democrático Popular, llaman a movilizarse por elecciones libres: la estrategia plebiscitaria se transforma entonces en la línea de fuerza de la oposición a Pinochet, poniendo en marcha una importante campaña, verdadera operación de *marketing* político, con miras a la consulta de 1988. Así, como lo observa Enrique Correa, es sólo tardíamente, en 1987, como ocurre en verdad el cambio de estrategia:

Antes, hasta 1986, una parte de la oposición compartía la tesis, si no de la insurrección, al menos del derrocamiento del gobierno militar. Otras fracciones de esta misma oposición se inclinaban más a promover la “desobediencia civil”. Estas estrategias temporales formulaban ciertamente un objetivo claro y neto: la derrota de Pinochet. Pero se trataba de estrategias sin calendarios; podríamos habernos pasado en ello toda la vida. La transformación que ocurre en 1987 es la que conducirá a aceptar la vía política e institucional. Esta transformación es de envergadura, ya que nos conduce a aceptar el principio de un plebiscito planteado por la Constitución de Pinochet de 1980. Es decir, a aceptar su calendario como cronograma legítimo. Al optar por una participación política, surge entonces efectivamente un horizonte temporal, el del propio plebiscito en 1988 y de la elección presidencial de 1989.¹⁰⁶

El plebiscito del 5 de octubre de 1988 consagrará, con una mayoría de 54.7%, la victoria de la oposición¹⁰⁷ y, con ella, de la estrategia plebiscitaria.¹⁰⁸ Intensas negociaciones comienzan entonces en la oposición, las que desembocarán en la “producción de un candidato” para la elección presidencial: Patricio Aylwin, quien será en primer lugar elegido como precandidato (contra Gabriel Valdés y Eduardo Frei, candidatos declarados, y Sergio Molina y Andrés Zaldívar, candidatos oficiosos).¹⁰⁹ En 1989, la elección será ganada por Aylwin, cerrándose así la fase de transición propiamente tal y abriéndose la de consolidación democrática.

La trayectoria chilena es ante todo la de un cambio de percepciones respecto del cronograma, el que fue impuesto para en seguida ser apropiado por la oposición. Esta conversión se realizó en el transcurso de un inten-

¹⁰⁶ Enrique Correa, entrevista precitada.

¹⁰⁷ Para un relato detallado de la noche del plebiscito, véase Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *op. cit.*, pp. 309 y ss.

¹⁰⁸ Sobre la campaña del “No”; véase el análisis de uno de sus principales artífices, el sociólogo Eugenio Tironi, *La invisible victoria. Campañas electorales y democracia en Chile*, Santiago, Editorial Sur, 1990.

¹⁰⁹ Véase, al respecto, Alfredo Joignant, “La production d'un candidat. Notes sur la campagne interne au parti démocrate-chrétien chilien pour l'investiture à l'élection présidentielle de 1989”, *Revue Française de Sciences Politiques*, vol. 40, núm. 3, junio de 1990, pp. 366-380.

so juego de interacciones de las diferentes fuerzas opositoras. Desemboca en la sustitución de las estrategias que pretendían “abatir” el régimen, en el marco de una confrontación, por estrategias más consensuales cuya ambición será “ganar” en el propio terreno del régimen militar, es decir convertir en oportunidad política el plebiscito de 1988.

Comprender la transición chilena es, antes que nada, calibrar el extraordinario proceso de aprendizaje político de los años ochenta.¹¹⁰ De 1980 a 1988, día tras día, la oposición al general Pinochet se ajustó al *tempo* del régimen militar, aceptando progresivamente el tiempo y los plazos políticos inscritos en la Constitución de 1980. La oposición jugó el juego del régimen militar y, al hacerlo, también jugó su propio juego, transformando las constricciones temporales en comodines: a medida que el horizonte plebiscitario se precisaba, los estrategas de la transición chilena incrementaron las incitaciones a “apostar” a esta única y exclusiva ventana de oportunidad.

Más acá y más allá de 1988, lo que llama la atención es el extraordinario *tempo* al que se ajustaron los demócratas chilenos: “ni obstinados en conservar lo que se derrumba, ni demasiado apresurados en establecer lo que parece que se anuncia”, dejaron ir y hacer al tiempo. La transición chilena, y más allá de ella la consolidación democrática, está hecha a la vez de una cierta renuncia a querer concluir el pasado y a “la rabia de querer concluir” el futuro: los demócratas chilenos dejaron al pasado el tiempo de pasar y al futuro el tiempo de venir.

La transición y la consolidación de la democracia chilena fue, en este sentido, un compuesto de voluntarismo y de indeterminismo, de expectativas planificadas y de elecciones improvisadas, de casualidades y necesidades, una navegación a vista, en el transcurso de la cual los actores operaron a menudo con los instrumentos a bordo, con la razón y la intuición, con elecciones racionales y elecciones razonables. Comprender la transición chilena es tomar la medida de la medida: las elecciones fueron, a la vez y al mismo tiempo, un asunto de racionalidad, de cálculos en términos de costos y beneficios, y un asunto de “razonabilidad”.

¹¹⁰ Al respecto, véase Nancy Bermeo, “Democracy and the Lessons of Dictatorship”, *Comparative Politics*, abril de 1992, pp. 273-291; y, para una visión del “espectador comprometido”, Manuel Antonio Garretón, “The Political Evolution of the Chilean Military Regime and Problems in the Transition to Democracy”, en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule*, op. cit., pp. 98-111.

CONCLUSIÓN: ALGUNAS AUTOSUBVERSIONES

La experiencia pasada, se puede conceder, da una información directa y cierta sobre los únicos objetos precisos y sobre este periodo preciso de tiempo que cayeron bajo su conocimiento; pero por qué este conocimiento se extendería al futuro y a otros objetos que, por lo que sabemos, pueden ser parecidos sólo en apariencia; tal es la principal pregunta en la que quisiera insistir.

Hume¹¹¹

Los análisis en términos de elecciones racionales se prestan a críticas más o menos loables.¹¹² En tanto racionalizaciones *ex post*, estas teorías no agotan la densidad de lo real. Como bien lo recuerda Linz a propósito de las formalizaciones de Colomer, estas racionalizaciones retrospectivas no son al inicio más que interpretaciones, invenciones, y en este sentido operan una cierta reducción de lo real. “La transición española fue una innovación –comenta Linz–; hoy día Josep Colomer puede reconstruirla como modelo del *rational choice* y todo parece simple, elegante, lógico; sí, pero en primer lugar había que inventarlo.”¹¹³

Asimismo, más que un actor que maximiza en exceso sus elecciones y acciones, hay que admitir, a partir de Simon y de Gellner, que el juego político invita a considerar la racionalidad como limitada; que el actor político es más “del género que evita meter la pata” que “del género animal racional”,¹¹⁴ optimizando sin maximizar siempre, razonando en términos

¹¹¹ David Hume, *Enquête sur l'entendement humain*, París, Flammarion, 1983, p. 93.

¹¹² Para un análisis crítico de las aplicaciones de la teoría de juegos al ámbito político, véase Mario Bunge, “Game Theory Is Not a Useful Tool for Political Scientist”, *Cahiers d'Épistémologie*, Université du Québec, Montreal, 1990. Se puede consultar igualmente los trabajos de Donald Green e Ian Shapiro, *Pathologies of Rational Choice Theory: A Critique of Applications in Political Science*, New Haven, Yale University Press, 1994; y “Choix rationnels et politique: pourquoi en savons-nous toujours si peu?”, *Revue Française de Science Politique*, vol. 45, núm. 1, febrero de 1995, pp. 96-130.

¹¹³ El libro al que en aquel entonces se refiere Linz es el de Josep Colomer, *El arte de la manipulación política*, Barcelona, Anagrama, 1990. Juan Linz, “Sobre España y la democracia. Conversación berlinesca con Ignacio Sotelo”, *Claves de Razón Práctica*, núm. 16, octubre de 1991, p. 53.

¹¹⁴ Gellner agrega en este sentido que “en la mayor parte de su vida, los hombres no maximizan nada, ni buscan alcanzar un objetivo concretamente identificable, sino que se afanan simplemente en estar integrados, o en permanecer en una obra que se desarrolla. El *rol* es su propia recompensa, pero no un medio para llegar a una situación dada como fin”, Ernest Gellner, “L'animal qui évite les gaffes ou un faisceau d'hypothèses”, en Jean Leca y Pierre

de probables e improbables, racionalmente pero quizás antes que nada razonablemente.¹¹⁵

Pero, precisamente, uno de los méritos de los análisis en términos de teorías de juegos y de elecciones racionales consiste en generar consecuentes formalizaciones *ex post* del juego político. A través de un cierto lenguaje, confiesa el propio Arrow, las interacciones estratégicas y los diferentes tipos de juegos posibles se encuentran así claramente formulados, y pueden ser estudiados con cierto rigor conceptual y metodológico: en otros términos, se trata ante todo de una puesta en forma.¹¹⁶ En este sentido, tanto los trabajos de Przeworski como los de Colomer constituyen contraejemplos de lo que Green y Shapiro llamaron “el síndrome de deficiencias metodológicas fundamentales y recurrentes” de la teoría de la elección racional. En ambos casos, es difícilmente demostrable que la investigación esté más guiada por el método que por el problema estudiado. Prueba de ello son, si cabe recordarlo, los titubeos a los que se enfrentó Przeworski antes de adoptar tal enfoque, quien se vio seducido tanto por su elegancia analítica como por su alcance heurístico.

Otra crítica formulada por Green y Shapiro merece también una atención particular. Estos autores atribuyen numerosas deficiencias al razonamiento utilizado por los defensores de la teoría de la elección racional, cuyo estilo de elaboración teórica pondría sobre todo el acento en el desarrollo de explicaciones *post hoc* de hechos conocidos. Y agregan ejemplos: “¿una hipótesis formulada en términos de elecciones racionales puede explicar la existencia de sistemas de antigüedad en el Congreso estadounidense? Puede explicar el crecimiento del déficit de los gobiernos? ¿Puede decir por qué la gente vota por un tercer partido?” La pregunta podría ser

Birnbaum (eds.), *Sur l'individualisme*, París, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 1991, p. 32.

¹¹⁵ Sobre la distinción entre *homo oeconomicus* y *homo politicus*, véase la contribución de Georges Lavau, “L'électeur devient-il individualiste?”, en Leca y Birnbaum (eds.), *op. cit.*, pp. 301-329. Rawls se inspira en Silbey y distingue lo razonable de lo racional, considerando que el primer comportamiento integra una dimensión ética que es inherente a tomar en cuenta al otro. En este sentido, el agente racional está desprovisto, según Rawls, de “esta modalidad ética subyacente en el deseo de participar en un proceso de cooperación justo (*fair*), y de hacerlo en términos que los otros, en tanto iguales, puedan razonablemente aceptar”. John Rawls, “Las capacidades del ciudadano y su representación”, *Estudios Públicos*, núm. 53, verano de 1994, p. 175 (traducción de “The Powers of Citizens and their Representation”, en Rawls, *Political Liberalism*, Nueva York, Columbia University Press, 1993).

¹¹⁶ Kenneth Arrow, “Methodological Individualism and Social Knowledge. Richard Ely Lecture”, *The American Economic Review*, vol. 84, núm. 2, mayo de 1994, pp. 1-9; y *Rational Foundations of Economic Behaviour*, Londres, MacMillan Basingstoke, 1995.

invertida: ¿existen teorías que no procedan desarrollando explicaciones *post hoc* de hechos conocidos?¹¹⁷

Queda la ambición inherente a la predicción. Aquí, el problema nos parece más general. Remite a la dificultad contemporánea de prever, es decir de aclarar el futuro. Correlacionar variables, establecer relaciones de causalidad es una de las grandes ambiciones de las ciencias sociales, que en varios aspectos ha sido desahuciada y vana si le creemos a Karl Popper: esta ambición se prestaría a la crítica historicista. Al buscar desvelar el futuro o basarse en sus éxitos empíricos de predicción, cierta concepción instrumental de la teoría de la elección racional no se dejaría tentar por este “viejo problema de la predicción del futuro?”¹¹⁸

De la perspectiva temporalista aquí esbozada, y llamada a ser profundizada, se desprende que el análisis en términos de elecciones racionales o de elecciones razonables puede ser pertinente para explicitar el juego de las democratizaciones. Convoca y permite en particular un estudio detallado de las elecciones y estrategias de los actores, de sus ajustes a las acciones y reacciones de los socios o adversarios. Invita sobre todo a aplicarse al análisis de una variable de lo político —el tiempo—, demasiado a menudo dejada en ciernes. Aprender en este sentido la democratización como un cambio en el tiempo pero también como un cambio del tiempo, como un asunto de asignación pero también de representación temporal, permite medir el alcance de un ámbito de investigación que apenas empiezan a explorar los científicos políticos especialistas de la democracia y de las democratizaciones.

De manera fundamental, tal perspectiva invita a interesarse en los regímenes temporales de lo político, puesto que esta misma variable temporal permite en definitiva discriminar entre regímenes autoritarios y regímenes democráticos. En este sentido, la trayectoria chilena atestigua hasta qué punto el tiempo de los autócratas difiere del de los demócratas. Al igual que todos los dictadores, Pinochet recusó el tiempo de la democracia, ritmado por los vaivenes electorales y los contratiempos parlamentarios. El tiempo del régimen de Pinochet fue el de una ucronía autoritaria, un intento antipolítico de escapar del tiempo, de ponerlo entre paréntesis ne-

¹¹⁷ Green y Shapiro confiesan por lo demás, algunas páginas más adelante, que se podría objetar que lo que nosotros llamamos elaboración teórica *post hoc* es simplemente solución de enigmas, “actividad científica completamente legítima” (Green y Shapiro, 1995, p. 106).

¹¹⁸ Karl Popper, *Misère de l'historicisme*, París, Presses Pocket, 1988, p. 54; y, para una crítica de la ambición predictiva inherente a las ciencias sociales, “Prediction and Prophecy in the Social Sciences”, en Popper, *Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge*, Londres, Routledge, 1963, pp. 336-346.

gando toda constricción, distinta de la biológica, al ejercicio del poder. Incluso después de que el autócrata acepta salir del poder en 1988, continúa manteniéndose en vida política, en la medida en que su sombra política omnipresente se estira sobre estos diez años de democracia. El ex dictador tuvo el cuidado de multiplicar los enclaves autoritarios, arrogándose por ejemplo el derecho de ser senador vitalicio y de nombrar, también de modo vitalicio, es decir sin otros límites temporales que los biológicos, a jueces de la Corte Suprema. Él mismo se confirió el derecho de mantenerse a la cabeza del ejército como comandante en jefe hasta 1997, antes de incorporarse al cerrado círculo de senadores vitalicios y, de ese modo, tornarse jurídicamente intocable en Chile. Desde las alturas de su "inmortalidad" política, no cesó de perturbar el ceremonial democrático, con lo cual algunos analistas pudieron afirmar que la transición chilena, entre todas las transiciones, fue la más incompleta e imperfecta.¹¹⁹

Su arresto en 1998 invita también a interrogarse sobre las virtudes de la memoria y del olvido. Ciertamente, ignoramos aún en qué medida, amplia o modesta, el caso Pinochet habrá contribuido a poner a tiempo los derechos humanos en todos los relojes del mundo.¹²⁰ Pero, en el plano nacional, este caso reabre indiscutiblemente heridas que no fueron o no pudieron ser cicatrizadas a tiempo, en la medida en que Europa se arrogó el derecho de dar el último toque a esta transición demasiado rápidamente relegada en el olvido, una transición ya no económica o política sino jurídica, aquella de la que habla Jon Elster y que él bautiza con el nombre de justicia retroactiva.¹²¹

En Chile, como en otros países, la democratización se puso en marcha al precio de un lento y paciente trabajo de duelo y olvido, de acomodados y frustraciones, de una laboriosa empresa de conciliación que se detuvo, co-

¹¹⁹ Véase, en particular, los ensayos de Tomas Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, Arcis-Lom, 1997; y de Alfredo Joignant, *El gesto y la palabra. Ritos políticos y representaciones sociales de la construcción democrática en Chile*, Santiago, Arcis-Lom, 1998.

¹²⁰ Para una discusión sobre el caso Pinochet, se puede consultar el ensayo –centrado en la razón “transitológica” chilena y en el “neocolonialismo” judicial– de Javier Santiso, “L’affaire Pinochet”, *Commentaire*, núm. 85, primavera de 1999, pp. 113-119; así como el artículo (sobre la memoria y el olvido) de Guy Hermet y Javier Santiso, “Entre justice et raison politique: l’affaire Pinochet”, *Critique Internationale*, primavera de 1999, núm. 3, pp. 35-42, también disponible en el siguiente sitio web: www.ceri-sciencespo.com/publica/critique/

¹²¹ Jon Elster, “Coming to Terms With the Past. A Framework for the Study of Justice in the Transition to Democracy”, trabajo presentado en el Instituto de Estudios Políticos de París, 15 de mayo de 1998 (mimeo). Sobre la cuestión de la justicia transicional en los países del Cono Sur y en particular en Chile y Uruguay, véase Alexandra Barahona de Brito, *Human Rights and Democratization in Latin America. Uruguay and Chile*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

mo lo mostró la vehemencia de las reacciones chilenas de una y otra parte, más acá del duelo de la reconciliación. La democratización no fue en este sentido la trayectoria tersa, exenta de errores y errancias, a la que invita una lectura exclusivamente en términos de elecciones racionales: fue y sigue siendo una trayectoria rica en bifurcaciones, en senderos que se bifurcan en función de las elecciones y de los acontecimientos, que son también advenimientos que derriban las estrategias y anticipaciones de los actores.

Chile necesitaba sin duda este ejercicio de catarsis colectiva provocada por el arresto de Pinochet. Quizás encontrará suficientes recursos para retomar el camino de una reconciliación efectiva y expresar el perdón. Con la dictadura militar, Chile experimentó la experiencia de lo imperdonable, es decir de la deuda infinita. Si pensamos, con Ricoeur,¹²² que la finalidad del perdón no es borrar la memoria sino quebrar el círculo de la deuda, quizás entonces sea posible esperar que este caso será también la ocasión para Chile de darle un futuro a su memoria, y de poder así liberarse para nuevos proyectos.

¹²² Véase Paul Ricoeur, "Sanction, réhabilitation, pardon", en Ricoeur, *Le juste*, Paris, Esprit Editions, 1995, pp. 193-208.